

61
EDAD
CIÓN

AT RADIUM

EXPERIMENTAL

1903

1903

1903

1903

1903

1903

1903

1903

1903

1903

PQ6181

R65

V.2

1903

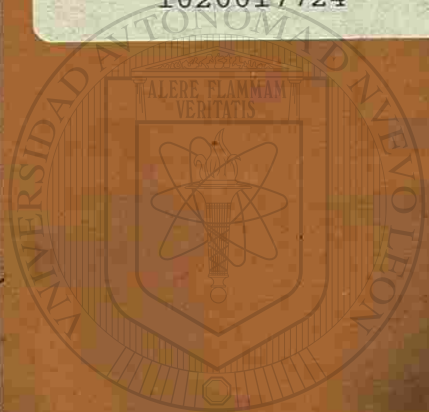
1903

1903

1903



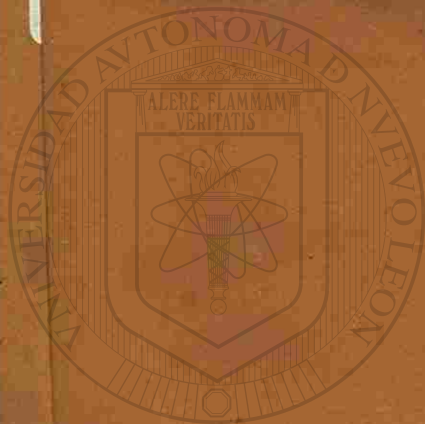
1020017724



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA UNIVERSAL

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO X.

ROMANCES MORISCOS NOVELESOS.

TOMO



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS, MADRID.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
San Mateo, núm. 11, cuarto bajo.

1873.

ACERVO DE LITERATURA

111340

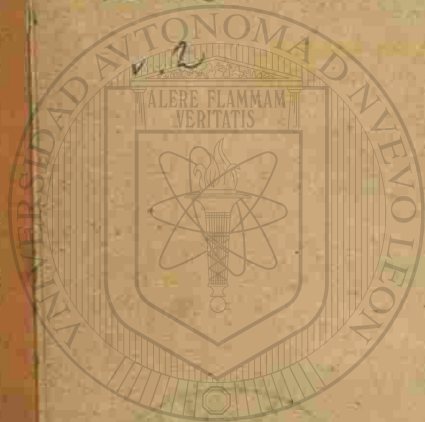


Madrid, 1873.—IMP., EST. Y CALF. DE ARIBAU Y C.^{ta},

SUCESORES DE RIVADENEYRA,
calle 4.^a Duque de Osuna, número 3.

PQ 6181

R 65



ROMANCES MORISCOS NOVELESCOS.

CELIN DE ESCARICHE.

1.º

Por divertirse Celin
Fiestas ordena en Granada,
En desgracia del rey Chico,
Y en ausencia de su dama,
Secretas hace sus fiestas
Con dos amigos del alma,
Galanes y Abencerrajes,
Hombres de palacio y plaza.
Esta vez quiere atreverse
A mil respetos y guardas,
Sólo por dar un buen día
A tanto penar sin causa;
«Que una prisión muy larga
La vida gasta, y la paciencia acaba.»
A la cristiana los viste
De villanesca bizarra,
Con tafetanes el rostro,

Caperuza, sayo y capa.
 Blanco, leonado, amarillo,
 Congojas sin esperanza,
 Dieron al disfraz colores
 Y memorias á Adilaja.
 Pensado lleva Celin
 De hacer famosas hazañas,
 Y dejar melancolías
 Que la buena sangre gastan;
 «Que una prision muy larga,
 La vida pierde y la paciencia acaba.»
 Ya las yeguas y jaces
 Van alterando á Granada;
 Todos dicen de Celin,
 ¡Bravas justas! ¡bravas lanzas!
 No queda mora Cegri
 Que no se ponga á ventana,
 Y todas dicen, á ver
 El galán de las desgracias.
 Como saben ya su historia,
 Quisieran verle la cara,
 Que en las hazañas no miran,
 Porque ya saben las damas,
 «Que una prision muy larga
 La vida gasta, y la paciencia acaba.»
 Para verle entrar de noche,
 Aunque viene á la cristiana,
 La puerta de Elvira encubre
 La hermosura del Alhambra.
 Allí tratan de aquel tiempo
 Que fué dichoso en Granada,
 Envidiado de mil moros,
 Y querido de mil damas:
 Otros cuentan en corrillos
 Los amores de Adilaja.

Deciendo que ya los dos
 Ni se escriben ni se hablan;
 «Que una prision, etc.»

Como ven que no venia,
 Para la fiesta le aguardan,
 Haciendo mucho mayores
 Los deseos y esperanzas.
 Adilaja con las nuevas
 Muy celosa y enojada,
 Le escribe al moro que deje
 Fiesta que le ofende el alma.
 A la mitad del camino
 Recibió el moro esta carta,
 Dió vuelta luego á Jaen
 Trocando en luto las galas;
 «Que una prision muy larga,
 La vida gasta, y la paciencia acaba.»

2.^o

Celin, señor de Escariche,
 Y Aliatar, rey de Granada,
 Azarques y Abenumeayas
 Salen á juegos de cañas.
 Bandas blancas lleva el Rey,
 Color que su ser demanda:
 De esperanzas va vestido
 Que á más le obliga Daraja.
 Por divisas tiene un cielo
 Con muchos cedros y palmas.
 De coronas esta letra,
 «Seguro estoy de mudanzas.»
 Los Abenumeayas todos

Y los Azarques llevaban
De encarnado las divisas
Que un mar de desdichas baña.
El muy bizarro Celin
Por dar contento á su dama
Entre las blancas marlotas
Estrellas de oro sembraba,
Y por dar seguro al Rey
De lo que celoso estaba,
Lleva pajizo el jacz
Con campanillas de plata,
Y en la adarga, por divisa,
Una azucena entre llamas
Con una letra que dice :
« Por ser fingidas no atrasan »
Advierte su letra el moro,
Que tiene Aliatar cifrada,
Y aunque no demuestra celos,
Celosas ansias le abrasan ;
Que quiere salir de extremo,
O quedar sin vida en calma,
Valiente, bravo y furioso
Dando remate á las cañas.
Trabóse la escaramuza
De todas las cuatro escuadras,
Ganando el bizarro moro
Eterno renombre y fama.
Alborotóles el juego
La voz que les amenaza,
Que quiere salir un toro.
De la inmutable Jarana.
Dicen los Abenumeyas :
— Ningun Azarque se parta. —
El Rey se va á su balcon ;
Sola les deja la plaza.

Celin, que á su desengaño
Sola esta ocasion buscaba
Con su acerado rejon
Al toro en el coso aguarda.
Tiene clavados los ojos
En la que en el sol enclava ;
Conócese en el mirar
Que tienen juntas las almas.
Adalija se encubrió
Temiendo alguna desgracia,
Porque sus hermosos soles
Los de Celin deslumbrañan ;
Y quitado el resplandor,
Pudo el moro ver la plaza,
Y en ella un toro furioso,
Que á los cielos amenaza.
La cabeza en proporcion,
La cerviz corta, empinada ;
Anchuroso tiene el pecho,
La cola toda enroscada :
Un remolino en la frente,
En sangre los ojos baña :
Cortos brazos, largos piés,
Bufa, salta, corre y brama.
No teme el bello amador,
Que á Marte en fama aventaja.
Seguro en el alazan
En las puntas se empinaba.
Cuando el vigoroso toro
Con el amador carraba,
Hirióle con el rejon,
Por la cerviz se lo clava :
Quedó atormentado el toro,
La una rodilla hincada,
Cogido en la dura tierra

Sin que al moro ofenda en nada.
Revuelve Celin los ojos
Y vió que su mora estaba
En los brazos de Adalifa,
Del gran temor desmayada:
Del contento que tomó
Al toro menospreciaba:
Quebraudo el asta al rejon
Todo el medio le dejaba,
Y de una veloz carrera
Atravesara la plaza
Parando en los miradores
De su querida Adilaja.

3.º

Vestido el cuerpo de cielo,
Y de sus glorias el alma,
Con mil estrellas y soles,
Y mil cifras coronadas,
Entra á correr la sortija
Celin, á quien acompañan
Catorce moros Cegries,
Los mejores de Granada,
En un caballo andaluz,
De la generosa raza
Que al sacro Guadalquivir
Le suele pastar la grama:
Castano oscuro, fogoso,
Cabos negros, gruesas ancas,
Ancho pecho, recios brazos,
Corto cuello, cola larga,
Chica cabeza y orejas,
Crines grandes encrespadas,

Gallardo, brioso y fiero,
Y humilde al freno que tasca.
Alborótase la gente,
Y en los tablados se alza,
Bendiciéndole mil veces
Por donde quiera que pasa.
Todo el mundo le bendice,
Y la envidia avergonzada
Se esconde en algunos pechos,
Que de envidiosos no hablan.
Desde su balcon le mira
La dulce y tierna Adilaja,
Original de mil soles,
Que en la marlota llevaba.
Levanta el moro los ojos
Y hacia su dama los baja,
Que siempre su hermosura
La trae por las nubes altas.
Contempla Celin su cielo,
Aunque con vista turbada,
Porque el resplandor divino
Turba las vistas humanas.
Quedaron mudos los cuerpos,
Solas las almas se hablan,
Que en las luces de los ojos
Iban y venian las almas.
Licencia pide Celin,
Adilaja se la daba,
Para que corra con Muza
En su presencia tres lanzas.
Muza se pone en el puesto,
Gallardo corre su lanza,
Y Celin le ocupa luego
Con postura más gallarda.
Vuelve furioso el caballo

A la carrera la cara,
 Pone la cola en el suelo
 Y entrambos brazos levanta :
 Llámale con las espuelas
 Y con el freno le llama ;
 Responde fiero y humilde,
 Y vuela sin tener alas.
 Celin con aire del cielo
 Afuera la lanza saca,
 Y al tercio de la carrera,
 Corva el brazo, aprieta el asta ;
 Abrigala con el pecho,
 Y abrigándola la baja
 A ley de galán, y cierto
 A lo que mandan las armas.
 Para veloz el caballo,
 Tanto que en la arena blanda
 Apenas juzga la vista
 La herradura ni la estampa.
 Derriba Celin el brazo,
 Vuelve á su lugar la lanza,
 Oprime el freno el rigor,
 Y para el caballo á raya.
 Corre otras dos, y en la corte
 Admirada de miraras,
 Levantan hasta los cielos
 La voz de sus alabanzas.
 En esto se puso el sol,
 Y la noche con sus alas
 Cubrió de confusas nieblas
 Los palacios y la plaza.
 Dieron hachas á Celin,
 Y regocijo á Granada,
 Quedando por mil razones
 Gloriosa la casa de Alba.

AMORES DE BOARDIL Y VINDARAJA.

1.º

En Granada está el Rey moro,
 Que no osa salir della :
 De las torres del Alhambra
 Mirando estaba la vega ;
 Miraba los sus moriscos
 Cómo corrian la tierra :
 El semblante tiene triste ;
 Pensando está en Antequera ;
 De los sus ojos llorando
 Estas palabras dijera :
 — ¡ Antequera, villa mía,
 Oh quién nunca te perdiera !
 ¡ Ganóte el rey Don Fernando,
 De quien cobrar no se espera !
 ¡ Si le pluguiese al buen Rey
 Hacer conmigo una trueca,
 Que le diese yo á Granada
 Y me volviese á Antequera !
 No lo he yo por la villa,
 Que Granada mejor era ;
 Sinó por una mórca
 Que estaba de dentro della,
 Que en los días de mi vida
 Yo no vi cosa más bella.
 Blanca es y colorada,
 Hermosa como una estrella ;
 Sus cabellos son más que oro,
 Que el oro dellos naciera ;
 Las cejas arcos de amor,

De condicion placentera ;
 Dos saetas son sus ojos
 Que en mi corazon pusiera :
 Sus manos Deyfebo son ;
 No fué más graciosa Elena.
 ¡Ay morica! ¡que mi alma
 Presa tienes en cadenas!—

2º

Suspira por Antequera
 El Rey moro de Granada:
 No suspira por la villa,
 Que otra mejor le quedaba,
 Sino por una morica
 Que dentro en la villa estaba;
 Blanca, rubia á maravilla,
 Sobre todas agraciada:
 Deziseis años tenía;
 En los dezisiete entraba;
 Crióla el Rey de pequeña,
 Más que á sus ojos la amaba,
 Y en verla en poder ajeno
 Sin poder ser remediada,
 Suspiros da sin consuelo,
 Que el alma se le arrancaba.
 Con lágrimas de sus ojos
 Estas palabras hablaba:
 —Vindaraja de mi vida!
 ¡Ay Vindaraja del alma!
 Enviéte mis cartas yo
 Con el alcaide de Alhambra,
 Con palabras amorosas
 Salidas de mis entrañas,

Con mi corazon herido
 De una saeta dorada.
 La respuesta que le diste:
 Que escribir poco importaba.
 Daria por tu rescate
 Almería la nombrada.
 ¿Para qué quiero yo bienes,
 Pues mi alma presa estaba?
 Y cuando esto no bastáre
 Yo me saldré de Granada;
 Yo me iré para Antequera,
 Donde estás presa, alindada,
 Y serviré de captivo
 Sólo por mirar tu cara.

3º

En la villa de Antequera,
 Cautiva está Vindaraja
 La mora que más quería
 El rey Chico de Granada.
 Siente tanto el verse presa,
 Que no la agradaba nada,
 No por el poco valor
 Que en el buen cristiano halla,
 Sino por temor y miedo
 Que la han de llevar á Baza,
 Y que si á Baza la llevan
 La han de hacer tornar cristiana.
 Tomando tinta y papel
 Al Rey escribe una carta:
 No le escribe como á rey,
 Sino como enamorada.
 ¿Qué me sirve ser hermosa,

» Y de tí, buen Rey, amada,
 » Si en aquestas ocasiones
 » Me tienes, Rey, olvidada?
 » Rescata el cuerpo á dinero;
 » Pues me tienes allá el alma;
 » Si por dineros me dejas,
 » Moros tengo yo en Granada,
 » Que por esta amante mora
 » Perderán la vida y alma.
 Contento estaba el rey Chico,
 Grandes fiestas ordenaba
 Por una carta que tiene
 De su amada Vindaraja:
 Mandó llamar á su alcaide,
 De quien hace confianza,
 Y le dijo:—Buen alcaide,
 Impórtame que mañana
 Te partas para Antequera;
 Al rescate de mi dama:
 Llevarás cien doblas de oro,
 Y otra cantidad de plata;
 Cien caballos enjaezados,
 Bordados todos de plata.
 Traerásla como á reina,
 Pues es reina de mi alma.
 Por las tierras do viniere
 Corran toros, jueguen cañas,
 Hagan fiestas y torneos,
 Toquen clarines y cajas:
 Yo la saldré á recibir
 Legua y media de Granada
 Con toda mi casa y corte
 Para que entre más honrada.—
 Luego se parte el alcaide,
 Y á Narvaez dió la carta:

Desque la hubo leído
 Estas razones le habla.
 — Anda, véte, el moro perro,
 Anda y vuélvete á Granada,
 Y le dirás al rey Chico,
 Que si me da Vivarambla,
 Zacatin y Plaza nueva
 Y también las Alpujarras,
 Comparadas con la mora
 No las estimo yo en nada.—

SALER CEGRI.

— Mientes, y si acaso el Rey
 Los ampara en esta causa,
 En su cara le diré
 Al Rey, que me lo levanta
 Por no pagarme el servicio
 Que debe á mi brazo y lanza,
 Creyéndose de quien quiere
 Acreditarse con gracias.—
 Por la puerta de palacio,
 Los ojos vueltos en brasa,
 Bravo y furioso Saler
 Sale empuñando la espada.
 — ¿No saben los Bencerrajes,
 Dice, volviendo la cara,
 Que no sufren los Cegries
 Que les toquen en la fama?
 Mienten otra vez, les digo:
 Y repito estas palabras,
 Por si hay tan valiente alguno,
 Que de lo dicho se agravia.

¿Qué cristianos habeis muerto,
O escalado qué murallas?
¿O qué cabezas famosas
Habeis presentado á damas?
¿Cuándo vencisteis alguno
De los de la cruz de grana?
¿Pensais que empuñar jineta,
Es como volar las cañas?
En el usurpado escudo
Blasonais de las hazañas,
¿Dónde están los coroneles
De reyes que os deben párias?
Finalmente, ¿qué habeis hecho
Para decir en las plazas,
Y ante el Rey, que los Cegries
Mejor que lo hacen hablan?
Y cuando de noche estais
Durmiendo en las blandas camas,
¿Quién, si no son los Cegries,
Salen á hacer cabalgadas?
Cuando los cristianos vienen
Sobre vuestra hacienda y casa,
¿A quién acudis los moros,
Vertiendo los ojos agua?
Sepa vuestro bando junto,
Que á todo junto en campaña
Le daré á entender que soy
Cegri, si todo me aguarda:
Y si por ser yo no osais,
Escogé en toda Granada
El menor de los Cegries,
Que él os dirá quién se alaba.

ADULCE.

1.º

— Aquel moro enamorado,
Que de las batallas huye,
Mal parece que en palacio
Honroso lugar ocupe:
El que al Maestre no ha dado
Entre las bermejas cruces
Bote de lanza ó flechazo,
Con valientes no se junte:
El que á su competidor
Favor conocido sufre,
Con el duelo de amadores
Comedidamente cumple:
El que no dice en las plazas
Cautivos cristianos truje,
Que están sirviendo á mi dama,
De galanes no murmure:
El que no saca en las fiestas
Cuadrilla y galas azules,
No embrace adarga de Fez,
Ni lanza jineta empuñe.—
Esto dice Abindaraja,
Ultrajando al moro Adulce,
Enemigo de Albenzaide,
Que baldonalle presume.
Bajezas contaba de él,
Que tan infames costumbres
Aun no pudieran hallarse
En los alarbes comunes.
Habia zambra en palacio,
Y casábase aquel lúnes

Aja, la prima del Rey,
 Con un infante de Túnez.
 Galvana la cordobesa
 Era gran cosa de Adulce,
 Y viendo que son malicias
 Las faltas que le atribuye,
 A Abindaraja responde :
 — ¿Tú piensas que de las nubes
 Bajó tu moro Albenzaide?
 Pues ruegote que me escuches.
 Adulce, de sangre real,
 Tiene el vencer por costumbre,
 Y es el lugar más honroso
 Cualquiera lugar que ocupe.
 Cuando el hierro de su lanza
 Allá en la Vega refucé,
 No está seguro el Maestro,
 Aunque sus valientes junte.
 Alguno que compra esclavos
 Ha dicho: Cautivos truje,
 A fuego y sangre ganados,
 ¡Bien haya quien de él murmure!
 No compite con los hombres,
 Tampoco bajezas sufre
 De amadores generales
 Que con mil galanes cumplen.
 Brocados saca á las fiestas,
 No tafetanes azules,
 Como algunos, que es vergüenza
 Que lanza jineta empuñen.
 Vale Adulce por mil moros
 Como Albenzaide; no busques
 Alguna ocasion forzosa
 En que la cara le crucen.
 Si á Adulce quisiste bien,

Si no te quiso, concluye
 Con olvidalle callando,
 Mo me agravies ni me culpes,
 Que á no estar adonde estamos,
 El cuchillo de mi estuche
 Esa lengua te cortara,
 Porque con ella no injurias. —
 Levantóse Abindaraja
 Diciéndola: — No te burles,
 Porque aquí me vengaré
 De quien aquí me lo jure. —
 Alborotóse el palacio;
 Reduanes y Gazules,
 Zulemas y Abencerrajes,
 Que son los bandos ilustres,
 Salieron desafiados:
 Albenzaide retó á Adulce,
 Que á guisa de caballeros,
 Y valientes andaluces,
 Al campo se salgan solos,
 Y despues que desmenuden
 Sus lanzas largas y gruesas,
 Y á las espadas se ajuntén,
 El caballero animoso
 Que al otro en tierra trabuque,
 Pueda gozar de su dama
 Conforme el padrino juzgue.
 ¡Oh maldito seas, amor,
 Que no hay bien que tú no mudes,
 Ni cordura tan fundada
 Que mil veces no la turbes!
 Encubres públicos celos,
 Y amor secreto descubres;
 Con ciertas enemistades,
 Terribles marañas urdes:

Tiempo vendrá que las damas
Contra tu poder se aunen;
Pero sepamos ahora
Cómo esta guerra concluye.

2.º

La noche estaba esperando,
Y apenas cierra la noche,
Cuando el fuerte moro Adulce
A su casa se recoge.
De esperanzas viene rico,
Pero de ventura pobre,
Porque aunque son verdaderas,
No habrá lugar que las goce.
Armándose estaba el moro;
Mas no contra sinrazones,
Que éstas no tienen defensa
En hidalgos corazones;
Porque como no las hacen,
Ni las temen, ni conocen,
Y aunque es grande honor vengallas,
No ha de ser con todos hombres.
Seguro estaba y contento
Con las sombras de la noche,
Que le fuera claro día,
Y ocasion de nuevo nombre,
A no prendello el alcaide
Con falsas informaciones,
O con alguna ocasion,
Que es la moneda que corre,
Por quien el peso y la espada
No es mucho que caiga y corte,
Y que la vara derecha

Una y mil veces se doble.
Dicen que se halló en la muerte
Del infeliz Agramonte,
Y que se trazó en su casa,
Acogiendo los traidores.
Desarman al moro luego,
Y encierranlo en una torre.
Armándose de paciencia
Contra agravio tan enorme,
Y paseando por ella,
Él mismo se habla y responde,
Que como no tiene yerros,
No le pusieron prisiones.
Mirando está las paredes
Que lo cercan y le esconden,
Las relucientes estrellas
Que le fueron claros soles,
Cuya luz anticiparon
Dando nuevos resplandores,
Para ser testigos fieles
Del fin de sus pretensiones.
— ¡Ay Aja, dijo, ¿qué es esto?
¿Que siempre son tus favores
Prueba de mi desventura,
Que la publican á voces?
¿Que sirve esperar el bien
Y procurar ocasiones,
Si la libertad me quitan
Sólo porque no los logre?
Desto, hermosa Aja, infiero
Que estaremos ya conformes,
Porque á no ser esto así
No me prendieran entonces;
Pues sólo para que viera
Que viene á menos tu nombre,

Me sobrára libertad,
Porque en desdichas me sobre. —
Desta suerte se quejaba
Adulce, cuando á la torre
Le van á ver sus amigos,
Todos valientes y nobles.

3.^o

En la prision está Adulce
Alegre, porque se sabe
Que está preso sin razon,
Y le quieren mal de balde.
Esto es causa que en el moro
Es la pena ménos grave,
Pues no quiere libertad,
Si con ella han de culpalle.
Piensan que ha de hacer por fuerza
Lo que de grado no hace,
Enmudeciendo las leyes
Para que los mudos hablen.
Arrimado está á una reja,
Que hace más fuerte la cárcel,
Pena un tiempo de traidores,
Castigo ya de leales.
Alzó los ojos al cielo,
Temiendo que se le cae,
Y dijo: — Siempre padezco
Por leal y por amante.
¡Ay, Aja ingrata! ¿Qué es esto?
¿Que en medio de mis pesares
Hallo viva la memoria
De mis bienes y mis males,
Y todo porque no pueda,

Ingrata, desengañarme,
Pues con quererte en naciendo,
Pienso que te quise tarde!
A otra reja me vi asido
Más baja, porque alcanzase
Las promesas de tu boca,
Puesto que ya no se guarden.
¿Cómo quieres, di, que crea
Que el aire se las llevase,
Estando los dos tan cerca
Que apenas pasaba el aire?
¿Cómo no te desengañas
De que así quise engañarte,
Si en medio de los favores
Siempre me viste cobarde?
¡Agora, ingrata, te pesa
De que te sirva y te ame,
Y no quieres ser querida
Quizá por desobligarte!
¿Quién derribó por el suelo
El edificio admirable
Que alzó amor á las estrellas,
De que apenas hay señales?
Déjame de sus ruinas
Una piedra, que declare
La mudanza que hizo el tiempo,
Sin poder jamas mudarme.
Mucho debo á sus amigos;
Todos dicen que me guarde:
Mas ¿de qué sirve, ¿ernel!
Si viene el consejo tarde?
¿De qué aprovecha el socorro,
Y que todo el pueblo llame,
Si está la casa abrasada
Cuando la campana tañen?

¿Quieres, ingrata, que pierda
El premio de ser constante,
Y que si es la causa firme,
Que la pena sea mudable?
No, para tanta belleza
No hay tormento que sea grave,
Pues la ofensa de quererte
Se defiende con amarte.
Los ojos vuelve, enemiga,
Y podrá ser que esto baste,
Pues para corta ventura
Cualquier favor será grande.
Verás lo mucho que quiero,
Y lo poco que me vale,
Y que no es bien que me pierda,
Donde es justo que me gane. —
Llamaron en esto al moro,
Que lo esperaba su paje,
Que venía muy contento
Con una carta que trae,
Donde Adalifa le escribe
El pésame de sus males,
Y Adulce dijo: — ¡Qué importa,
Si Aja gusta que me acaben! —

4.º

Al camino de Toledo,
Adonde dejó empeñada
La mitad del alma suya,
Si puede partirse el alma,
Se sale Zaida la bella,
Y á su pensamiento encarga
Que se entregue á sus suspiros,

Y á ver á su Adulce vaya:
«Que ausencia sin mudanza
Comienza en celos, y en morir acaba.»
A cualquiera pasajero
Que se detenga le manda,
Y si á Toledo camina,
Llorando le dice Zaida:
— ¡Venturoso tú mil veces,
Y yo sin dicha otras tantas!
Tú porque vas á Toledo,
Y yo por quedar en Sagra:
«Que ausencia, etc.» —
Adulce, que en su memoria
Está mirando la estampa
Que pintaron sus deseos,
Como en el alma le aguarda,
Al dolor de Zaida bella
Con triste llanto acompaña,
A sus suspiros con quejas,
Con voces á sus palabras:
«Que ausencia, etc.» —
— ¡Ay Zaida del alma mía!
¿Quién de mis ojos te aparta?
¿Qué respetos mal nacidos
A los míos acobardan?
¿Cómo no trueco la vida
Por la gloria que me llama;
Tu verdad y mis deseos,
Tu favor y mi esperanza?
«Que ausencia, etc.» —
A tu imagen hablo en sueños
Y sin duda que me hablas
En triste llanto deshecho.
De haberme apurado en llamas,
Imagino que te acercas,

Y como el llanto no basta
Contra tan inmenso fuego,
La huyo por no abrasalla.
«Que ausencia, etc.»
Inégo celoso me finjo,
Sospechando que á mis ansias
Busco segundo remedio,
Cansado de apaciguallas.
Agraviado las has, responde,
Tu fantasía te engaña,
Que salud de ajeno gusto
Al gusto del alma estraga.
«Que ausencia, etc.»
Zafida, espera en la fortuna
Y en el tiempo que no pára,
Y á entrambos los trueca el mundo
Con la rueda y con las alas;
Y anima tu pecho tierno
Para que con vida salgas
Deste gelfo de tormento,
Sin que digan por tu causa,
«Que ausencia sin mudanza» [ha.
Comienza en celos, y en morir aca-

EL ALCAIDE DE MOLINA.

1.^o
Batiéndole las ijadas
Con los duros acicates,
Y las riendas algo flojas,
Porque corra y no se pare,

En un caballo tordillo,
Que tras de sí deja el aire,
Por la plaza de Molina
Viene diciendo el Alcaide:
«¡Alarma, capitanes,
Suenen clarines, trompas y atabales!»
Dejad los dulces regalos,
Y el blando lecho dejadle:
Socorred á vuestra patria,
Y librad á vuestros padres.
No se os haga cuesta arriba,
Dejad el amor suave,
Porque en los honrados pechos
En tales tiempos no cabe.
«¡Al arma, capitanes, etc.»
Anteponed el honor
Al gusto, pues ménos vale,
Que aquel que no le tuviere,
Hoy aquí podrá alcanzalle;
Que en honradas ocasiones,
Y peligros semejantes,
Se suelen premiar las armas
Conforme el brazo pujante.
«¡Al arma, capitanes, etc.»
Dejad la seda y brocado,
Vestid la malla y el ante,
Embraza la adarga al pecho,
Tomad lanza y corvo alfanje:
Haced rostro á la fortuna;
Tal ocasion no se escape;
Mostrad el robusto pecho
Al furor del fiero Marte.
«¡Al arma, capitanes, etc.»
A la voz mal entonada,
Los ánimos más cobardes,

Del honor estimulados,
Ardiendo en cólera salen
Con mil penachos vistosos
Adornados los turbantes,
Y siguiendo las banderas
Van diciendo sin pararse ;
« ¡ Al arma, capitanes, etc. »
Qual tímidas ovejuelas,
Que ven el lobo delante,
Las bellas y hermosas moras
Llenan de quejas el aire ;
Y aunque con femenino pecho,
La que más puede más hace :
Pidiendo favor al cielo
Van diciendo por las calles :
« ¡ Al arma, capitanes, etc. »
Acudieron al asalto
Los moros más principales,
Formándose un escuadrón
Del vulgo y particulares ;
Contra doce mil cristianos,
Que están talando sus pantes,
Toman las armas furiosos,
Repitiendo en su lenguaje :
« ¡ Al arma, capitanes,
« Suenen clarines, trompas y atabales ! »

2.º

El alcaide de Molina,
Manso en paz y bravo en guerra,
Con sus capitanes todos
Llegó á la vista de Atienza,
De do volvió victorioso

Sin daño, y con grande presa
De cautivos bautizados
Y de cristianas banderas.
Entró por la puerta el moro,
Y corriendo á media rienda,
A la calle de su dama
Soberbio y contento llega.
Dos vueltas por ella dió,
Y al dar la tercera vuelta,
Desterrando sus temores,
Celinda salió á una reja,
Diciendo furiosa y loca :
— ¡ Si tú tuvieras vergüenza,
Ni correrías en mi calle
Ni pararas en mi puerta !
¡ Mal haya Celinda, mora
Tan determinada ó necia,
Que para vivir en paz
Se aficionó de la guerra !
Por ser tu alfanje temido,
Mas que no por tu nobleza,
Ofrecí á tu nombre solo
Lo que ves en tu presencia,
Sin considerar primero
Que es claro que no conciertan
Con entrañas de diamante
Entrañas que son de cera.
¿ Qué importa que mis regalos
En paz y en amor te tengan,
Si al són de pífano ruego
En furia y odios los truecas ?
No niego yo que no acudes
Con voluntad á mis quejas ;
Pero acudes con mayor
Al ruido de una escopeta.

Pues esas cosas estimas,
Justo es que esas cosas quieras,
Que pues en tanto las tienes,
Ménos soy, y más son ellas.
Cínete tu corvo alfanje,
Embrázate tu rodela,
Y llama á tu fiel Acátes,
Que te lleva las saetas:
Sal á hacer escaramuzas
Por el monte y por la vega,
En tu caballo el tordillo
Y en tu fronteriza yegua:
Tala los cristianos panes,
Roba las cristianas tiendas,
Desde el campo de Almazan
Hasta el monte de Sigüenza:
Deja á Celinda del todo,
Pues tantas veces la dejas,
Y acude á tus obras vivas,
Pues que me haces obras muertas.
No te llamarán mis ojos,
Aunque viendo su miseria,
Llorarán sin ver los tuyos,
Mi soledad y tu ausencia. —
Esto dijo, y al momento
Cerró del balcon las puertas,
Sin tener lugar el moro
De poderla dar respuesta.
Colérico de lo oído,
Apretando entrambas piernas,
Furioso corrió al castillo,
Suspenso entre culpa y pena.

8.º

— Tambien soy Abencerraje
De los buenos de Granada,
Y tambien me vi en la vega
Con el de la Cruz de grana;
Tan presto acudo á sus Reales
Como algunos á las zambras,
Y me precio de mi alfanje,
Como otros de su dulzaina.
Si puedo hablar en consejo
Pregúntenselo á mi lanza,
Que ella da fe de mis obras;
Veisla aquí, Cegries, habladla.
No porque vivo en Castilla,
Y fuera de esta comarca,
Es ménos fuerte mi brazo,
Ni son ménos mis palabras.
Acaso ¿cuál de vosotros
Dejó, como yo, su patria
Por vivir entre cristianos,
Siempre alerta, y siempre al arma?
¡Mal haya quien os consiente,
Cobardes, estar en casa,
Sardanápalos de amor,
Ya danzando, ya entre damas!
¡Bien con esos ejercicios
Vuestras fronteras se guardan,
Y de los contrarios reinos
Bien los sembrados se tajan!
A mi toca, no á vosotros,
El salirme del Alhambra,
Que no es bien hallarme yo

Do tantos cobardes se hallan,
Ni que salgan mis consejos
Do no hay ninguno que salga
A probarlos como cuerdo
En el campo y con la espada.
Entre valerosos brazos,
Entre venerables canas,
Lo que dije se estimó
Y lo que hice se estimaba.
Mas como el cielo os dotó
De fnerzas tan moderadas,
De tan flacos corazones,
No queréis que os diga nada,
Porque como es mi consejo
Para que dejes las galas,
Siguiendo de vuestros padres
En la guerra las pisadas,
Desecháisme por extraño,
Y es justo que yo me salga,
Como extraño mi valor
De vuestra bajeza extraña.
Si agraviados os sentís,
Aquí os aguardo en la plaza:
Salid diez, ó veinte, ó treinta,
O toda Granada salga;
A lo ménos no diréis
Que me visteis las espaldas,
Pues más que una infame vida
Estimo una muerte honrada.
No, si puedo, os jactaréis
Que me ultrajasteis la fama,
Mientras esta fuerte diestra
Lanza enristra, abraza adarga,
Que ó moriré, por Alá,
O con vuestra sangre cara,

Si el honor me habeis manchado,
Limpiaré á mi honor las manchas. —
Salió diciendo el Alcaide
De Molina y sus estancias,
Poniendo mano al alfanje,
De una junta no acertada.

CELINDOS.

1.º

Con semblante desdenoso
Se muestra el rostro de Zaida,
Pretendiendo de acabar
De Celindos vida y alma.
Es moro de mucha estima,
Alcaide de Alora y Baza,
Sobrino del gran Cegri,
Primo hermano de Abenámár.
Causó el desden de la mora
En el moro una tal llaga,
Tan penetrante, que llega
A lo último del alma.
Zaida muy contenta desto,
Que de cruel se gloriaba,
Quiere mostrárselo claro
Con hechos, obras, palabras;
Y así se viste de verde,
Color alegre, y galana,
Bien diferente de aquella
Que saca el moro de Baza,
Porque salió de amarillo,
Que es color desesperada;

Azul que denota celos,
Morado, que muere el alma.
Sacó la mora una aljuba,
De muertes toda sembrada,
Junto á ellas una cifra
Barreteada de plata,
Con cuatro perlas de estima,
«Muera, no tenga esperanza.»
Sacó una toca turquesca,
De cuya punta colgaba
Una almalafa cubierta
Azul, blanca y colorada,
Con flor de lises de oro
Entre águilas de plata;
La basquina á media pierna,
Con una media leonada;
Las ligas verdes y rojas,
Bordadas con seda parda;
Una zapatilla azul,
Que de seis puntos no pasa,
Hecha con tanto primor,
Cual jamas se hizo en Granada:
En cada una un corazón
Con unas pintadas brasas,
Y una letra que decía:
«¡ Es muy duro! Estas no bastan!»
Puestos al lado dos niños,
Que parece que las matan,
Y una cifra que les dice:
«No las mateis, niños, ardan!»
Parte la gallarda mora
A casa de Celindaja,
Tan hermosa como esquivia,
Cruel, desabrida é ingrata.
Era Celindaja prima

De aquesta mora lozana,
Y casábase aquel día
Con Aliatar el de Ocaña.
A convidarla envió,
Que viniese, que habia zambra,
Escaramuza de moros,
Juegos, disfraces y danzas,
Obedeciéndola la mora,
Y así partió, acompañada
De dos moros, primos suyos,
Y hermanos de Celindaja.

2.º

Cubierta de trece en trece
Por los jirones y mangas
De mil roeles azules
Una marlota morada,
Un capellar amarillo,
Terciado con unas bandas
De carmesí guarnecido,
Con rapacejos de plata:
Un turquesado bonete,
Con cuatro lazadas blancas,
Que cuatro medallas tiene,
Y en cuatro piedras sus armas
Entre dos plumas pajizas,
Una verde y dos moradas,
Y la verde muy oscura
Como de muerta esperanza,
Y una letra de oro escrita,
Que la pluma verde enlaza,
Que dice: «Entre amor eterno
«Más muerta vive en el alma»:
De azul, blanco y amarillo

Tenida lleva la lanza,
Y al brazo una toca nega,
Y una esfera en el adarga,
Con una letra en el campo,
Que dice en lengua cristiana:
«Ni más alto el pensamiento,
Ni mayor fuego en el alma,
Que esperanza de imposibles
» Es fe que nunca se paga »;
Y por orla mil antojos,
Que unos á otros se traban,
Y por las lunas de todos
Dos calaveras de plata,
Con una letra que dice:
«O no mirar, ó mirallas.»
Unos borceguies negros,
Sólo la vuelta dorada:
Dos grillos por acicates,
Con tanto primor y gracia,
Que declaran su prision
Batiendo una yegua baya,
Que lleva un rico jaez
Y una mochila dorada,
Bordada de mil trofeos,
De manoplas y de espadas,
Trompetas, yelmos, escudos
Y de cabezas cortadas,
Una banderilla azul,
Con unas verdes granadas,
Y en morisco aquesta letra:
«Maduran para ser agrias.»
Sale el famoso Celindos,
Alcaide de Alora y Baza,
Convaleciente de heridas,
Mas no de amores de Zaida.

3.º

A los torreados muros
De su Jaen, dulce y cara,
Dulce porque nació en ella,
Cara pues le cuesta el alma,
Revuelve á mirar Celindos,
El biznieto de Abenámar,
El que fué alcaide de Ronda,
Y á Estepa tuvo en su guarda.
No va desterrado el móro
Por sucesos y desgracias;
Destiérrale una sospecha
Por no poder desterrarla,
De que su Zaida querida
Le ha quebrado la palabra
Que dió de guardar la fe
Mal cumplida y bien jurada.
Sale galán, aunque triste,
Para mostrar por sus galas
Que parte rico y contento,
Pues de ello gusta su dama:
Con muchos racimos de oro
Una marlota encarnada,
Aenchillada á reverses
Y en tela verde aforrada,
De lazos y nudos ciegos,
A trechos toda bordada,
Con esta letra que dice:
«Mientras más me desengaña.»
Capellar de parda seda,
Forrado en tela de plata,
Bordado todo de abrojos;

Por letra : « Cuando me dañan. »
 Negro también el bonete,
 Con las plumas variadas,
 Pajizas, blancas y azules,
 Moradas, verdes y pardas :
 Una medalla las prende
 Con una esmeralda falsa,
 Y esta cifra á la redonda :
 « Tu promesa y mi esperanza » ;
 Ceñido un dorado alfanje,
 Una veleta en la lanza,
 Azul, que siempre los celos
 Traen á la muerte cercana :
 Pintado un ardiente fuego
 En el campo de la adarga,
 Y la letra dice : « Muera
 » Quien á dos amores ama » ;
 Desnudo el brazo derecho,
 Y atada una toca blanca,
 Empresa de su querida
 Y de amor humildes párias :
 Caballo rucio tordillo,
 Jaez de carmesí y plata,
 Dos balanzas por estribos,
 Que aquí estriba el que más ama,
 Sirve el moro de fiel,
 Aunque no le sirve nada :
 Mas por mostrar á Celinda
 Que como murió, así acaba.
 Llegó el caballo á la orilla,
 Al agua se arroja y lanza,
 Como en señal de que siente
 Del dueño la ardiente llama.
 A nado pasa el caballo,
 Y él, como á acabar ya pasa,

No repara en que se moja,
 Pues morir no le repara.
 Salió á la arenosa orilla,
 Y vuelve á mirar su patria,
 Hincando la lanza en tierra,
 Y arrimado el rostro al asta
 Contempla los edificios,
 Alta roca y fuerte alcázar,
 A quien su firmeza opone,
 Y halla su semejanza :
 — Aquí vieras, mora, dice,
 Si como yo me miráras,
 Un monte de sufrimiento,
 Y un alcázar de inconstancia :
 Y si como yo te miro,
 Te miráras, en ti halláras
 Un alcázar de soberbia,
 De dureza una montaña.
 Pase por tí aquella aprisa,
 Cual tú por mis cosas pasas.
 Aún no saliste á verme,
 Como á cosa ya pasada,
 Para ver en mi librea
 Mi firmeza y tu mudanza,
 Reparando en mis colores
 Lo que en gustos no reparas. —

— Mal os quieren caballeros
 De Antequera y de Granada,
 Celindo, porque presumen,
 Que os quieren mucho las damas.
 Hablan de vos en ausencia,

Y si estais entre ellos, callan ;
Murmuran de vuestros hechos ,
Y acreditan os la fama ,
Porque no mostrais papeles
De Jarifas, ni de Zaidas,
Como algunos, cuyos pechos
No son pechos, sino plazas ,
Porque de vuestras divisas
Nunca se supo la causa ,
Y respetando favores
Agradeceis esperanzas.
Ya sabeis que concertaron
Los Gomeles unas cañas ,
Y que salen los Cegries
En competencia á jugarlas.
Salid, Celindo, á las fiestas,
Y sacad plumas y mangas
Del color de vuestros gustos
Y de la fe de vuestra alma ;
Que yo aseguro que os miren
Algunas que nunca os hablan ,
Y que tengais más promesas
Que tienen ellos palabras.
Pedidle favor al tiempo,
Y á fortuna dadle gracias,
Que entrambos han de valeros
A pesar de sus mudanzas ;
Y á la amiga de Adalifa
No os canséis de sobornalla,
Porque el amor solicita
Y á vuestra ventura valga,
Que una amiga de otra amiga
Mil imposibles alcanza,
Y montes de inconvenientes
Cuando importa los allana.—

Esto escriben á Celindo
Dos damas del Alpnjarra,
Que en secreto le respetan,
Y en público le maltratan.

CELALBA.

— Celalba, mora que al mundo
El bien de amor representas,
Alba en nombre, y al fin alba,
Que el suelo adornas y alegras :
Tú que de tu hermosa boca
Suspensos los hombres dejas,
Y á los que robas las vidas,
Con matarlos los recreas ;
Ya que de mis esperanzas
La flor me coges y llevas,
Y de mi gusto y amor
Has hecho dichosa prueba,
Quiero darte mi consejo,
Si mi edad florida y nueva,
Y ser partes con pasión
No contradican mi lengua :
Vive, señora, á tu gusto,
Que la voluntad sujeta
Es polilla del contento,
Y las lágrimas le anegan.
No gustes de soledades,
Aunque eres sola en belleza,
Que el sol con ser bello y solo
A todos mira y calienta.
¡ Ah mora sabrosa y dulce !
¿ Es posible que la tierra

Y si estais entre ellos, callan ;
Murmuran de vuestros hechos ,
Y acreditan os la fama ,
Porque no mostrais papeles
De Jarifas, ni de Zaidas,
Como algunos, cuyos pechos
No son pechos, sino plazas ,
Porque de vuestras divisas
Nunca se supo la causa ,
Y respetando favores
Agradeceis esperanzas.
Ya sabeis que concertaron
Los Gomeles unas cañas ,
Y que salen los Cegries
En competencia á jugarlas.
Salid, Celindo, á las fiestas,
Y sacad plumas y mangas
Del color de vuestros gustos
Y de la fe de vuestra alma ;
Que yo aseguro que os miren
Algunas que nunca os hablan ,
Y que tengais más promesas
Que tienen ellos palabras.
Pedidle favor al tiempo,
Y á fortuna dadle gracias,
Que entrambos han de valeros
A pesar de sus mudanzas ;
Y á la amiga de Adalifa
No os canseis de sobornalla,
Porque el amor solicite
Y á vuestra ventura valga,
Que una amiga de otra amiga
Mil imposibles alcanza,
Y montes de inconvenientes
Cuando importa los allana.—

Esto escriben á Celindo
Dos damas del Alpnjarra,
Que en secreto le respetan,
Y en público le maltratan.

CELALBA.

— Celalba, mora que al mundo
El bien de amor representas,
Alba en nombre, y al fin alba,
Que el suelo adornas y alegras :
Tú que de tu hermosa boca
Suspensos los hombres dejas,
Y á los que robas las vidas,
Con matarlos los recreas ;
Ya que de mis esperanzas
La flor me coges y llevas,
Y de mi gusto y amor
Has hecho dichosa prueba,
Quiero darte mi consejo,
Si mi edad florida y nueva,
Y ser partes con pasión
No contradican mi lengua :
Vive, señora, á tu gusto,
Que la voluntad sujeta
Es polilla del contento,
Y las lágrimas le anegan.
No gustes de soledades,
Aunque eres sola en belleza,
Que el sol con ser bello y solo
A todos mira y calienta.
¡ Ah mora sabrosa y dulce !
¿ Es posible que la tierra

Tiene y sustenta morales
Que nos den fruta tan bella?
¿Quién habrá que sus deseos
Y apetitos no te ofrezca,
Pues en ti sola el dechado
De la hermosura se encierra?
Ese alcaide que te guarda,
Bios por sus ojos echa,
De tristes celos bramando,
Aunque en el bramar acierta.
Quiere tenerte escondida,
Y con recato encubierta;
Mas eres luz de hermosura,
Y la luz mucho se muestra.
Presume que su enidado
Será de tus gustos rienda,
Y no ve que sus sermones
Acrecientan más tu tema.
¿Mal conoce las mujeres,
Que aquello que se les veda
Quieren gustar lo primero,
Imitando á la primera!
¿No ve que son como el agua,
Que si su curso refrenan,
Busca venas diferentes
Por donde bien correr pueda?
¿Ni que la que finge más,
Que es su corazon de piedra,
Si con oro la martillan
Al momento da centellas?
¿Ni sabe que es como el árbol
Que por industrias y pruebas
Viene á dar fruto primero
Que quiere naturaleza?
Al fin de sus ignorancias

Le da merecida pena,
Pues siendo vivo tu gusto
Pretende ser su albacea.
¡Celalba, por Alá santo,
Que si le burlas y ciegas,
He de adorarte cual luna,
Como lo manda mi secta!—

ZULEMA.

1.º

Aquel valeroso moro,
Rayo de la quinta esfera,
Aquel nuevo Apolo en paces,
Y nuevo Marte en la guerra;
Aquel que dejó en memoria
De mil hazañas diversas,
Antes de apuntalle el bozo
Por punta de lanza hechas;
Aquel que es tal en el mundo
Por su esfuerzo y por su fuerza
Que sus mismos enemigos
Le bendicen y le tiemblan;
Aquel por quien á la fama
Le importa que se prevenga,
Para contar sus hazañas,
De más alas y más lenguas:
Zulema al fin, el valiente,
Hijo del fuerte Zulema,
Que dejó en la gran Toledo
Fama y memoria perpétua;
No armado, sino galán,

Aunque armado más lo era,
 Fué á ver en Avila un día
 Las fiestas como de fiesta.
 En viéndole, la gran plaza
 Toda se alegra y se altera,
 Que ver en fiestas al moro
 Les parece cosa nueva.
 En los andamios reales
 Los Adalifes le ruegan
 Que se asiente, aunque se temen
 Que á todos les escurezca.
 Bendiciéndole mil veces
 Su venida y su presencia,
 Le dan las damas asiento
 Dentro en sus entrañas mismas;
 Pero al fin Zulema en medio
 De los alcaides se sienta,
 Que lo fueron por entónces
 De la mayor fortaleza:
 Cuando más breve que el viento,
 Y más veloz que cometa,
 Del celebrado Jarama
 Un toro en la plaza sueltan,
 De aspecto bravo y feroz,
 Vista enojosa y soberbia,
 Ancha nariz, corto cuello,
 Cuerno ofensible, piel negra.
 Desocúpale la plaza
 Toda la más gente de ella;
 Sólo algunos de á caballo,
 Aunque le temen, le esperan:
 Píensan hacer suerte en él,
 Mas fuéles la suya adversa,
 Pues siempre que el toro embiste
 Los maltrata y atropella.

No osan mirar á las damas,
 De pura vergüenza dellas,
 Aunque ellas tienen los ojos
 En otra fiera más fiera.
 A Zulema miran todas,
 Y una disfrazada entre ellas,
 Que hace á todas la ventaja
 Que el sol claro á las estrellas,
 Le hizo señas con el alma,
 De quien son los ojos lengua,
 Que esquite aquellos azares
 Con alguna suerte buena.
 La suya bendice el moro,
 Pues gusta de que se ofrezca
 Algo en que á la bella mora
 De sus deseos dé muestra:
 Salta del andamio luégo,
 Mas no salta, sino vuela,
 Que amor le prestó sus alas,
 Como en suya aquesta empresa;
 Cuando ve que á un hombre el toro
 Con pies y manos le huella,
 Y siendo sujeto al hombre,
 Agora al hombre sujeta.
 A pié se parte á librarle,
 Y aunque todos le vocean,
 No lo deja, porque sabe
 Que su victoria está cierta.
 Llega al toro cara á cara,
 Y con la indomable diestra
 Esgrime el agudo alfanje
 Haciéndole mil ofensas:
 Retírase el toro atrás,
 Líbrase el que estaba en tierra,
 Grita el pueblo, brama el toro,

Vuelve á aguardarle Zulema.
Otra vez vuelve á embestille,
Y mejor que la primera
Le acierta, y riega la plaza
Con la sangre de sus venas:
Brama, bufá, escarba, huele,
Anda alrededor, pateá,
Vuelve á mirar quién le ofende,
Y de temelle dá muestras.
Tercera vez le acomete,
Echando por boca y lengua
Blanca y colorada espuma,
De coraje y sangre hecha;
Pero ya cansado el moro
Dè verle durar, le acierta
Un golpe, por do á la muerte
Le abrió una anchurosa puerta:
Levanta la voz el vulgo,
Cae el toro muerto en tierra,
Envidianle los más fuertes,
Bendicente las más bellas;
Con abrazos le reciben
Los Azarques y Vanegas;
Las damas le envían el alma
A darle la enhorabuena;
La fama toca su trompa,
Y rompiendo el aire vuela;
Apolo toma la pluma:
Yo acabo, y su gloria empieza.

2.º

Aquel esforzado moro,
Abencerraje Zulema,
Espejo de valentía

Y retrato de nobleza;
Aquel paciente amador,
Y guerrero sin paciencia,
Que fué muro de su patria
Y reparo de su secta,
En un caballo español
Sale rompiendo la tierra,
El cual, con tropel menudo,
Bate la menuda arena,
Y casi toca en la cincha
Sin tocarle él con la espuela,
Convirtiendo en blanca espuma
Un freno de color negra.
El moro sale gallardo
Y gallarda su librea,
Que con mucho amor la hizo
Y no sin mucha prudencia.
La marlota es naranjada
En señal de su firmeza,
Y no de verde color,
Que ya no se precia della;
Pues como dichoso amante
La esperanza tiene muerta,
Porque goza de su dama,
Y con esto ya no espera.
Lleva el capellar pintado
De una dulce primavera,
Porque dentro de su alma
Todo es placer cuanto lleva:
Y lleva el bonete azul,
No porque celoso venga,
Sino porque de su cielo
Es la color más perfecta.
Y lleva un rico cendal
Que le eñe la cabeza,

Prenda de su amada mora,
Y de su amor dulce prenda.
Lleva además por divisa
Una venturosa emblema,
Señal de infinito amor
Y de no poca soberbia.
Era, pues, el ave Fénix
Ya de ceniza cubierta,
Cubierta, mas no quemada,
Y si quemada, no muerta;
Porque recibiendo vida
Levantaba la cabeza,
Y en la más ardiente llama
Mostraba mejor su fuerza.
Esto lleva el rico amante,
Y en árabe esta letra:
«Así recibo yo vida
»De la dama que lo ordena»;
Porque amaba sumamente
A Zara, una mora bella,
Estimada en la ciudad
Por su antigua descendencia,
Y de la Reina estimada
Como universal princesa,
Aunque servida en la corte,
No sin mucha competencia:
Servida, mas no pagada,
Sino sólo de Zulema,
Que como fino amador
En su pecho la celebra.
Págale cumplidamente,
Y aun procura que le deba,
No para más libertad,
Sino para más cadena;
Y así por esta ocasión

Trajo esta rica librea,
Declarando en la pintura
Lo que gozaba por ella.
Cruza por el ancho Coso,
Donde está su dama llega,
Mirale toda la gente
Y admirada le celebra.
El moro, como es galán,
Usa de su gentileza,
Que atraviesa la estacada
Y á Zara el pecho atraviesa.
Llegóse al primer balcón,
Que era do estaba la Reina;
Humilla el esquivo enello,
Y al momento se endereza;
Y es mucho para tal moro
Usar de tanta llaneza,
Haciendo agora en la paz
La que no quiso en la guerra.
Bate el caballo feroz
Con la rigurosa espuela,
Y coge su dura lanza
Para tal efecto hecha:
Un hierro con otro junta,
Y no con mucha braveza,
Que si la mano apretara
En fuego la convirtiera;
Mas viéndose ya subido
En el punto que desea,
Humillar hace al caballo
Y la dura lanza quiebra,
Diciendo con voz altiva
Aunque de arrogancia llena:
— Todo es poco, bella Zara,
En tu divina presencia.—

3.º

Del Alhambra á media noche
Sale gallardo Zulema,
Ciego de cólera y celos,
Si acaso los celos ciegan.
Bajaba el valiente moro
De noche, por ver si en ella
Puede con su oscuridad
Dar lumbre á cierta sospecha,
De que su querida Zara,
Mora hermosa y discreta,
Alma de su pensamiento,
La fe y palabra le quiebra.
Tenía celos al moro
Del alcaide de Marbella
Que en Granada residía,
Porque su calle pasea.
Cuanto lleva en el vestido
Va publicando su pena,
Que quiere ya publicalla,
Y lo diga su librea.
La marlota verde oscura,
Señal de esperanza muerta;
De una cadena bordada
Llevaba fija esta letra:
«Mi esperanza cautivé;
» Y como se vió sujeta,
» Dudando de su rescate
» Vino á morir en cadena.»
El bonete carmesi,
Y en él una pluma negra,
Y por letra: «Mi alegría

» Compite con mi tristeza.»
Caballo rucio rodado,
Y escrito en entrambas riendas:
«Ha rodado por mi alma
» De mi fortuna la rueda.»
En el campo del adarga
Llevaba una calavera,
Y un mote en la frente escrito
En que dice: «Ya estoy cerca.»
Un borceguí datilado,
Dorado sólo la vuelta,
Que dice: «Si vuelta está,
» Difícil será volvélla.»
Una banderilla azul
En una lanza jineta,
Y dice la letra: «Celos,
» Hincádsela hasta que muera.»
Ceñido un dorado alfanje,
Dorado jaez y espuelas,
Y toca dorada al brazo,
Que es de su Zara la empresa.
Llegado al sitio y lugar
Adonde su amada prenda
Vivía, aunque en sus entrañas
Tiene morada más cierta,
Vió la ventana cerrada,
Y por no volver sin vella,
Con el cuento de la lanza
Dió un pequeño golpe en ella.
Su dama, que descuidada
Estaba de la novela,
Por un pequeño postigo
Se asomó por ver quién era.
No le conoció tan presto,
Estando un rato suspensa;

Zulema picó el caballo,
Allegándole más cerca,
Diciéndole: — ¡Sol del mundo,
Que en los ojos reverberas,
Abrid toda la ventana,
Desterraréis las tinieblas!
Ella que le conoció,
Le dijo: — Amado Zulema,
Ese nombre es propio vuestro,
Yo luna basta que sea,
Que ya sabéis que á la luna
El sol su lumbré le presta;
Y si acaso tengo alguna
La recibo de la vuestra. —
Zulema le dijo: — ¡Ay, Zara,
Cuánto en el alma me pesa
De que te cuadre ese nombre
De luna, y que yo sol sea!
Porque la luna en el cielo
Viendo el sol en su presencia,
No da de sí luz ninguna,
Señal que de ello le pesa;
Y cuando se alegra más
Es cuando tu sol se ausenta,
Y creo que tú lo imitas
En esto por darme pena. —
Respondió Zara turbada:
— ¡Qué bien de ver se te echa
En eso, y en venir tarde,
Que los celos te hacen guerra!
Desecha, Zulema amigo,
Ese dolor que te aprieta,
Aunque escaramuza y pajes
Veas delante mis puertas,
Pues soy de peña á sus dueños

Cuanto para ti de cera. —
Zulema, algo asegurado,
Sólo la da por respuesta:
— ¡Plegue á Dios que al mucho curso
No se allane la carrera! —
Con esto se parte el moro,
Humillando la cabeza,
Con intento de mudar
Caballo, lanza y librea.

CEGRI.

1.º

A sombras de un acebuche,
Entre robles y jarales,
Había una cueva oscura
Labrada por un salvaje,
Valiente moro Cegri,
Señor de los Alijares,
Y salvaje por desdenes
De una dama Bencerraje.
De frutas verdes y secas
Se mantiene, porque sabe
Que mantiene verde y seca
La esperanza de sus males.
Estando pues en su cueva,
Oyó gemir en un valle
A una leona fiera
Que de su león no sabe:
Hundía el aire con quejas,
Y luégo rompiendo el aire
A sus querencias volvía

Bramando porque bramasen,
Mas como en guerra de celos
El más fuerte ménos vale,
Pensando que no es querida
Viva pena, y muerta cae.
Suspirando dice el moro:
— ¡ Amor, de juicio sales!
Con los hombres te haces fiera,
Y con fieras hombre te haces.
Deja á esa leona muerta
Por tu gusto, y por amante,
Que otra más brava te espera
Mantenida con mi sangre.
Seis años me desterró,
Que se cumplen esta tarde,
Y mañana parto á vella
Con bruto dolor y traje.
Sola una mereed te pido:
Que si á Granada llegáre,
La vean aquestos ojos
Porque los suyos acaben.—

2.º

En un aposento oscuro,
El más de toda la casa,
Entre las ocho y las nueve
Un día por la mañana,
Cegri, dicho el Montañes,
Por nacer en la Alpujarra,
La marlota se desnuda,
Y el turbante se quitaba,
Que ha puesto para ir á ver
A la hermosa Belisarda.

Halo arrojado en el suelo,
Y él se ha arrojado en la cama,
Y con ardientes suspiros
Consigo mismo así hablaba:
¿ Adónde vas, atrevido?
¿ Adónde tanta arrogancia?
¿ No miras cuán poco vales,
Y el valor de Belisarda?
¿ Quién eres tú, y quién es ella?
Dos mil veces replicaba.
Levantóse como un rayo
Y abre todas las ventanas,
Y toma tinta y papel
Y la escribe aquesta carta:
« Señora, el dejar de veros
No es porque me falta gana,
Sino por no dar disgusto
A quien mi disgusto causa,
Porque tu gusto no pierda
Lo mucho que el mío gana;
En no verte pierdo mucho;
Mas no pierdo, que tú ganas.
Perdona, señora mía,
Las pesadumbres pasadas,
Que pues las causó locura,
Bien me disculpa ignorancia.
A mis importunaciones
Tambien has dado tú causa,
Dándome tales favores,
Que el menor de ellos bastaba
Para poder competir
Con el mejor de Granada.
Tú, mi señora, me diste
Grandísimas esperanzas
De mejorar los favores

Que agora van á la larga.
 Pensé que fuera subiendo
 Como quien sube por gradas;
 Mas pensando ganar tierra
 Voy perdiendo la ganada.
 Los favores que me das,
 Si es que te salen del alma,
 No hay á qué los comparar,
 Pues pensarlo pone calma:
 Mas si son por cumplimiento,
 Suplícote no los hagas,
 Pues son dineros de duende,
 Que en sombra se desbaratan;
 Cuartos que llaman de fraile,
 Que en el mercado no pasan:
 Pesas que por no ser justas
 Están del rollo colgadas;
 Obras hechas en pecado,
 Que no aprovechan al alma;
 Son obispados de anillo,
 Cuya renta no se paga;
 Voz de guitarra sin cuerdas,
 Fuerzas de cuerpo sin alma,
 El beso y la paz de Judas,
 Cartas y escrituras falsas.
 Yo, para decir verdad,
 Harto dudo si me engañas:
 Veo señales de amor,
 Pero tibias y aun heladas,
 Que por más que estoy sin verte,
 Nunca veo que me llamas:
 Cuando de ti me despidas
 Nunca me dices aguarda;
 Si al cuello te echo los brazos
 Los quitas y desenlazas;

Si llego mi rostro al tuyo,
 El tuyo muy presto apartas,
 Y por más que te lo ruego
 Nunca quieres ver mi cara:
 Haces reparo á mis manos
 Las veces que se desmandan:
 Todas estas son señales
 De voluntad no muy sana.
 Con todo aquesto, señora,
 Te quiero ir á ver mañana:
 Será para darte gusto,
 Porque le tendrías sin falta,
 Que aunque al entrar no lo tengas,
 Tendráslo cuando me salga;
 Si dijeres: Mal venido;
 Dirás: Norabuena vayas.
 Diciéndote estas sospechas
 Tú me has dicho que son falsas,
 Y que por no agradecellas
 Pongo á tus favores tachas;
 Y esto en buen romance es
 Persuadirme que me amas:
 Si es así, y me das lo más,
 ¿Cómo en lo ménos reparas?
 Yo me daré por vencido
 Con la vista de mañana,
 Si entónces viere que estás
 Corregida y emendada.
 Sé larga en lo que nos resta
 Si hasta aquí no fuiste larga:
 Si del secreto recelas
 Harán que le haya mis trazas,
 Que habiéndotelas yo dicho
 No te han parecido malas.
 ¡Pero harto malas son

Si no han de servir de nada !
Ya sabes que en el secreto
Nadie en el mundo me iguala.
Con esto solo concluyo,
Con que doy fin á mi carta ;
Que si el favor que me diste,
Le diste de buena gana,
No habrá cosa que me niegues,
Pues es verdad apurada,
Que es fácil ganar la villa,
La fortaleza ganada. »
Habiendo la carta escrito
La cierra, y para envialla
Llamó un paje que la lleve ;
Mas recelase de dalla,
Que para cosa tan grave
Ninguno hay de confianza :
Ni al flaco papel se atreve
Cargar carga tan pesada :
Envolviola en un papel
Y en su escritorio la guarda.

3.º

Al venturoso Cegri
La hermosa Celindaja,
Con más lágrimas que letras
Está escribiendo una carta :
Soberbio es el sobrescrito,
Que es soberbia su esperanza :
« Al idolo de mi gusto,
Tan al justo de mi alma.
Si temo viéndote ausente,
No te admires, prenda cara,

Porque este monstruo de ausencia
Pare imposibles mudanzas ;
Y mas tú, olvidado moro,
Que con encomiendas flacas
Sabes hacerte tan fuerte
Que borras memorias hartas.
Hablo, amigo, de experiencia,
Que conozco tus ventajas,
Y temo propias sospechas
Cuando á ajenas tierras vayas.
Tu desenoio me promete
Cuidado por nueva causa ;
Que eres para ser querido
Y no han de faltarte esclavas.
La que dejaste en Toledo
Con tu memoria descansa,
¡ Quiera Alá, dichoso moro,
Que allá esté desocupada !
En mi corazon te mira
Las tardes y las mañanas,
Que el espejo de mi pecho
Son tus primeras palabras.
En mi alma tu fe guardo,
Si es que cual tuya la tratas :
Vén, visítala, Cegri,
Que se confiesa agraviada.
Si me engañares, al menos
Una mujer flaca engañas,
Culpada de voluntad,
Que no pequé de ignorancia.
¡ Ay moro del alma mía !... »
Aquí suspensa y turbada,
Renovando sentimientos,
Borra las letras que estampa :
Crece el nubló de suspiros,

Los ojos el papel bañan,
Falta á la mano el aliento,
Y á la pluma tinta falta.
La mora que las encierra,
Como es la mora encerrada,
Tocó á recoger el cuarto
De la Reina y de las damas:
Celindaja dobló el pliego,
Y á quien lo que es le demanda,
Dice que son devociones
Que pasa cada semana.

ARLAJA.

En el acerno Arlaja
Puestos los dos ojos tiene,
Eclipsadas ambas lunas
Con las lágrimas que vierte:
Mil veces pone los ojos
En la labor, y la vuelve,
Porque turbada de celos
El tino y los puntos pierde:
Dos mil se le corta el hilo,
Y no el hilo de sus fuentes,
Que como nacen del alma
Son perpétuas sus corrientes.
— ¡Moro, dice, más ingrato
Que los ingratos de allende,
Pues en condicion ingrata
A esos bárbaros excedes!
Dime, Arlaja ¿qué te ha hecho,
Que le das tantos desdenes!
¿Es posible que no estimas

La palabra que le ofreces?
Si no me quieres, cruel,
¿Por qué en balde me entretienes?
Y si dices que me amas,
Quiéreme como me vendes.
Ten lástima de tu Arlaja,
Si de tí mismo la tienes,
Que vendrás á hacer al fin
Lo que agora no resuelves.
Bien sé que besas y adoras
Otras más altas paredes;
Mas no lo son en firmeza,
Que es firmeza de papeles.
Poca guarda es la que guardan
Altas torres, lienzo fuertes,
Que cuando quisiera el alma
Los hallará transparentes.
Quiere bien en una parte,
No quieras en tantas veces,
Que es forzoso no querer
Si tan partido anduvieres.
¿No ves que es notable agrávio
Seguir tantos pareceres,
Y pagar con un amor
A tres ó cuatro quereres?
¿Qué poco te cuesta amar,
Que tras cada cantón mueres!
¿Bien parece que no amas,
Pues á ninguna aborreces!
Envidia te tengo, moro,
No á tu amorcillo, que mientes.
¿Oh quien pudiera mentir
Por querer siquiera á veinte!
De gallarda complexion,
De hermosa voluntad eres;

Tú vendrás á amar por tiempos
 Algun millon de mujeres.
 ¡ Plegue á Alá que quieras tanto
 Que de puro amor revientes,
 Y que aborrezcas á todas
 Cuando finges que las quieres,
 O que des en otro extremo,
 Pues de extremo á extremo vienes,
 Que te suban más de punto
 Lo que tú tanto encareces;
 Y que pues eres Narciso,
 Pues Narciso te pareces,
 De tí mismo te enamores,
 Pues no te bastan mujeres.

ALIATAR Y EL MAESTRE DE CALATRAVA.

1.º

De la Naval con quien fueron
 Tan inclementes los hados,
 Que es prueba de la fortuna
 Y fe de sucesos varios;
 En una playa desierta
 Sus rotas velas dejando
 A reparar, si es posible
 Repararse rotos cascos,
 Vuelve Aliatar á Castilla
 Para que el rey toledano
 Por tierra ó por mar le ocupe
 En más peligrosos cargos;
 Que de su linaje noble
 Las proezas imitando,

Del gran Alfaquí su padre
 Desea seguir los pasos.
 Pasando, pues, su camino
 Por la ciudad, á quien damos
 El blason y la memoria
 Del escudo castellano,
 Adalifa, mora bella,
 Amiga de amor de paso,
 Puso en el moro los ojos
 Para mudarse y quitállos.
 Ya suspira porque ha de irse,
 Ya llora porque ha llegado,
 Ya del tiempo forma quejas,
 Ya le llama dios humano;
 Ya su muerte le da celos,
 Ya sus celos son engaños,
 Ya detiene á sus deseos,
 Ya da rienda á sus cuidados,
 Ya se le antoja que es Dido,
 Ya que Aliatar el troyano,
 Huésped, robador de fe;
 Mas no hay fe donde hay agravios.
 Mil promesas hace el moro
 Contra el poder de los años,
 Cuyo curso allana montes,
 Y encumbra los valles llanos.
 En esto llegó el ausencia,
 Cirujano de cuidados,
 Vida de presentes gustos,
 Muerte de gustos pasados.
 Así se trocó Adalifa,
 Y en su pensamiento vário
 Voló á otros nuevos desvíos
 Regida de olvido ingrato;
 Y Aliatar, porque no entienda

Que de su olvido hace caso,
Sobre la arena escribió
De su ligereza el cargo.

2.º

Alcaide, moro Aliatar,
Con la Reina os congraciasteis;
Mas son aquestas razones
De mujer que no de alcaide:
Dijiste no habia bonete
De moro, do no se halle
Toca de dama ó cabellos;
Medalla, cifra ó plumaje,
Y que las damas avisan
De que las esclavas salen,
De las damas mensajeras,
A visitar los galanes;
Que de papeles hay muestra
En el terrero las tardes,
Como si el mostrar papeles
No fuera bajaça grande;
Que rondando algunas noches
Encontráis al moro Azarque,
Debajo las celosias,
A donde suelen hablarse.
Si le topais ó le veis,
Prendedle ó acuchilladle,
Y si no, callad de día,
Como de noche, ¡cobarde!
De la discreta Jarifa,
Siendo mentira, contastes
Que señas hizo en Genil
Al moro de Ocaña Azarque;

Y á las dos Galvanas bellas,
Siendo quien son los Galvanes,
Sin respeto y con malicia
De altaneras las tratastes.
Del cuarto de nuestras damas
Hicistes injusta cárcel,
Y apagando la ocasion,
Encendiste voluntades.
Alguna aficion dormia;
Yo sé que la despertaste:
¡Mucha privacion es fuerza
Que en mucho apetito pare!
Mentis, alcaide traidor;
Mentis, Aliatar infame,
Y perdonad, que las damas
Así me mandan que os trate;
Pues de esas falsas razones,
Y de ese traidor semblante,
No hay honra que esté segura,
Ni nobleza sin ultraje.
Los galanes caballeros
Sirvan damas principales,
Que en amores de esta suerte
Ningun desacato cabe.
Teneis entrañas dañosas,
Presumis grandes maldades,
Gobernais ajenos bienes,
Para el fin de vuestros males.
Las sospechas que soñais,
Publicaislas por verdades.
¡Ay de vos, y cómo os veo,
Que en pie os moriréis, alcaide!
Dama servisteis un tiempo;
Allegad y preguntalles
Quién sois vos, y quién son ellas,

Sabréis bajezas notables.
Jamás tuvisteis amigos
Que seis días os durasen ;
Señal de malos respetos ,
No conservar amistades.
A las armas, moro amigo,
Dejad malicias aparte,
Y en vez de damasco y sedas,
Vestid jacerina y ante,
Que las manchas que en la honra
A tantos buenos echastes ,
Han de salir con lavarlas
En vuestra alevosa sangre.

3.º

— Azarque, moro valiente ,
En ausencia me infamaste ,
Diciendo palabras que eran
Más de mujer que de Azarque.
Dices que te puse mal
Con la Reina y con los grandes ,
Y que soy cobarde : mientes ;
Tú mientes y eres cobarde.
Mira, Azarque, lo que dices
Otra vez ántes que hables,
Que si tu lanza es temida ,
Ya de mi lanza temblaste.
Dijiste : — ¡Pobre Aliatar !
En pie morirás, alcaide.
Yo te mataré en presencia ,
Porque ausente no me mates.
Haces hechos con palabras ,
Y obrando, hechos no haces,

Que has alcanzado la fama
Sin que la fama te alcance :
Si mandan darme la muerte
Las damas, ven á matarme ,
Y podrás volver sin vida
A quien mi muerte esperaré ;
Que soy más bravo y furioso
Que tú en mi ausencia mostraste :
Haréte agravio en los ojos
Antes que en el pie me agravies ;
¡ Mira que valen muy poco
Palabras que poco valen !
Pues las palabras y plumas
Dicen que las lleva el aire.
Considera que no puedes
Ausente hablar disparates ,
Que es el ánimo que encierras ,
Y quien las sabe las tafe.
Conozco bien tus espaldas ,
Que tengo señas bastantes ,
Por do tus fingidos hechos
No los sigas ni te jactes :
Deja el nombre de valiente ,
Que no es razón que lo infames ;
Pues se da el nombre de hechos
A quien hechos hacer sabe.
Búscame, Azarque famoso ,
Que cuando á dicha me halles ,
Podrás matizar mi lanza
En el matiz de tu sangre ;
Mas el viento se las lleva ,
Que como el viento se gaste ,
Aire, palabras y plumas ,
Todo es aire, y tú eres aire. —

4.º

Con el título de Grande
Que le dió el Rey por sus armas,
El fiero moro Aliatar
Va de Antequera á Granada.
Colgada del almaizar
Llevaba su cimitarra,
La izquierda mano en la rienda,
Y la derecha en la lanza.
Dos tocas sobre el bonete,
Y polvo sobre la cara,
Lágrimas sobre los ojos,
Y envidados sobre el alma.
Del caballo por el aire
Vuela la cola alheñada,
Las manos huellan las cinchas,
Y la espuma el freno mancha;
De plata los acicates,
Que con la sangre que saca
Parecen sus blancas puntas
Coral en cabo de plata.
Iba tan ligero el moro,
Que si algun suspiro daba,
Desde donde le comienza,
A media legua le acaba.
No lleva preciosas piedras,
Porque aljófar y esmeraldas
Las dejó cuando se vino,
En dientes y ojos de Arlaja.
Por el semblante su pena,
Y por los ojos sus ansias,
Y de todo la ocasion

Por la divisa declara
Un águila, cuyo pico
Se cebaba en las entrañas
De un sacre, con esta letra:
«Por envidia se las saca.»
—Déjale, envidia, en mi daño,
Dice el moro, porque habla
A solas, y le parece
Cualquiera sombra Abenámár,
Si con mi daño no medras,
¿Por qué mi ventura agravias,
Y haces que se marchiten
Tu fama y mis esperanzas?
¡Ay, amiga de mis ojos!
¡Ya no temo tu mudanza,
Que mis prendas, por ser tuyas,
No es posible sean falsas!
Muestra varonil esfuerzo,
Mira que será gran falta
Que mis armas te se rindan,
Y te rindan sus palabras.—
Dijo, y olvidóse luego
De los respetos que guarda,
Y para vengar su injuria
A su pariente amenaza.
No espera verse delante,
Ni su respeto se guarda,
Porque va más que el caballo
Presurosa la venganza:
Lo que topa desmenuza,
Y á los hombres despedaza,
Y escápase de sus manos
La luna, por estar alta.
Dijo: — Si el temor de verme,
Abenámár, no te mata,

Espera para la vuelta. —
Y en esto se entró en Granada.

5.º

«Denme el caballo de entrada,
Que me dió el rey de Marruecos,
Aquel morcillo brioso
Que pisa galan y recio ;
Aquel que rompe la tierra
Y vuelve al amor del freno
Las vueltas que á ver mi dama
Da mi triste pensamiento ;
Quitadle el verde jaez,
Y enjaezádmelo luégó
De negro, porque declare
La pena y mal de que muero.
La marlota quiero negra,
Y negro el tocado quiero,
Y las plumas del penacho
Como el vestido que llevo :
Las cañas negras tambien,
Porque se haga negro el juego,
Que quien tiene el pecho triste,
Color no le alegra el pecho.
Sólo el velo de adarga
Quiero que no vaya negro,
Sino azul, porque declare
Los negros celos que tengo.
Todo de negro vestido,
Por el arenal del puerto
Entró Aliatar en el coso
Acosando su tormento :
Vido á su Zoraida bella,

Y parte luégó corriendo,
Deseando de hablarla ;
Mas no cumplió su deseo,
Que su contrario Celin
Pasó cerca de su puesto,
Y al pasar le echó Zoraida
Prendas que más le prendieron.
Echóle una toca verde,
Y una flor morada en medio,
Dándole fe y esperanza,
Y á Aliatar muerte de celos.
Parte Celin tan ufano
Cuanto Aliatar descontento,
Y sin acabar su pena
Principio ponen al juego.
Hicieron dos ó tres suertes,
Y el alcaide se está quedo,
Defendiéndose de cañas
Que pretenden ofenderlo.
Tiróle Celin la suya ;
Mas con un enojo intenso
Su caña tiró Aliatar,
Que fué tiro sin remedio,
Porque dándole en la adarga,
Le pasó la adarga y pecho,
Abriendo al alma camino
Por donde salió al momento.
Apeóse del caballo,
Y fué donde estaba el muerto :
Quitóle la toca verde,
Esperanza de sus duelos ;
Y volviendo á cabalgar,
Fuése á Zoraida diciendo :
¡Mal guarda Celin tus prendas,
Tan grande amor pretendiendo!

Quédate, tirana ingrata,
Que en tu memoria ésta llevo,
Que quiero hacer prendas propias,
Prendas que para otro fueron.

6.º

Por una nueva ocasion,
Tan penosa como fuerte,
Deja su villa de Ocaña,
Donde vive y donde muere,
El bravo moro Aliatar;
Porque su esperanza verde,
Los desengaños y el tiempo
Son causa de que se seque,
Pues á sus altos principios
Sucedió tan triste suerte,
Y tan infelice fin,
Que trocó su vida en muerte.
Vióse el moro regalado
De palabras y papeles
De la más hermosa mora
Que el reino morismo tiene,
Cuya bazarria estima,
Y cuyo donaire excede
A toda imaginacion,
Pues comparar no se puede.
De mala gana se parte
De donde su gusto tiene;
Mas fuérzanle á que lo haga
Los amigos y parientes,
Porque pronostican daño
De su amoroso accidente,
Que es la dama emparentada

Con Cegries y Gomeles,
Y temen, sabido el caso,
No procuren ofendelle,
Y más el bravo Celindo,
A quien le cupo por suerte,
Moro de valor y estima,
Respetado de la gente,
Que el pueblo rige y gobierna,
Y en la villa vale y puede.
Partióse sin despedirse,
Porque no se parta alegre,
No por falta de ocasion,
Pues no falta á quien la quiere.
Solo se sale de Ocaña
Sin que amigo ni pariente
Para despedille salga,
Ni en su compañía lleve,
En un caballo morcillo,
Que las yeguas ya le ofenden,
No por no ser animosas,
Mas por el nombre que tienen;
Y quiso por su tristeza
Que tambien el jaez fuese
Negro, como su desdicha;
Y porque en todo se muestre,
En un capellar leonado
Llevo pintada la muerte,
Con esta letra, que dice:
«Matóme, sin que muriese,»
Sembrados de aves nocturnas
Llevaba un negro bonete
Con solas dos plumas pardas,
Que ya no las quiere verdes.
No quiso salir sin plumas,
Porque sus desdichas vuelen,

Como vuelan sus contentos,
Un mártir cuando amanece;
Y llevaba por garzotas
Un ramo de laurel verde,
En fe que contra la suya
El tiempo muy poco puede:
Por medalla, una leona
Que á sólo gemidos quiere
Dar vida á lo que ha parido,
Y dice lo que se lee:
«Estos bastan para darla,
«Mas quien á mí dalla puede
»Con ellos se ablanda ménos,
»Y mucho más se endurece.»
Una marlota encarnada
Bordada, de mil dobleces,
Y por borla aquesta letra:
«No son ménos los que tiene.»
Y una lanza con dos hierros,
Por sólo sufrir desdenes,
Y de morado teñida
La culpa de quien consiente;
De color de rosa seca
Es la bandera que pende,
En señal que se secó
Lo que ántes fué más verde;
El brazo todo cubierto,
Porque arregazado teme
De ver en él el retrato,
Que le obliga se destierre;
Con una toca amarilla,
Y en ella pintado viene
Un Fénix, que ya se abrasa
Y en ceniza se convierte,
Y con las alas soplando

Aquel fuego en que se enciende,
Y escrito con letras de oro:
«Mucho temo el parecerte»;
Con un alfanje ceñido,
Dado en su paciencia el temple,
Y en la guaruición en cifra,
El nombre de quien lo ofende,
Colgado de un tahalí
Que tiene ramales trece,
Porque pasan de docena
Sus males, que no sus bienes,
Y en el campo del adarga
Lleva pintada su suerte,
Que es una oscura noche
Que truena, graniza y llueve.
Un borcegní datilado,
Hechos lazos en reverses,
En señal que sus intentos
Todos al revés suceden;
Y en los estribos de bultos
Mil animales monteses,
Porque piensa que con ellos
Pasará su vida breve.
No quiso sacar espuelas,
Porque bastan sus desdenes
Para picar el caballo,
Y á él, que tanto los sienten.
Con tan cansadas divisas
Llega á las aguas que vierte
El claro y corriente Tajo,
Y junto á una turbia fuente,
Que de un cenagal salía,
Al pié de un monte silvestre,
«Este, dice el moro, es
»El lugar que me conviene.»

Apeóse del caballo,
Y por el monte se mete,
Dejándole suelto y libre,
Como se ha visto otras veces,
Adonde piensa esperar
Lo que el tiempo de él hiciere,
Hasta que muerte, ó su mora
Su vida y estado truequen.

7.º

No con azules tahalies,
Corvos alfanjes dorados,
Ni coronados de plumas
Los bonetes africanos,
Sino de luto vestidos,
Entraron de cuatro en cuatro,
Del malogrado Aliatar
Los afligidos soldados:
«Tristes marchando,
Las trompas roncás, los tambores des-

[templados.]»

La gran empresa del Fénix
Que en la bandera volando
Apénas la trató el viento
Temiendo el fuego tan alto,
Ya por señas de dolor
Barre el suelo y deja el campo,
Arrastrado entre la seda
Que el Alférez va arrastrando:

«Tristes, etc.»

Salió el gallardo Aliatar
Con cien moriscos gallardos
En defensa de Motril
Y socorro de su hermano.

A caballo salió el moro,
Y otro día desdichado
En negras andas le vuelven
Por donde salió á caballo:

«Tristes, etc.»

Caballeros del Maestre,
Que en el camino encontraron,
Encubiertos de unas cañas
Furiosos le saltaron;

Hirieronle malamente,

Murió Aliatar mal logrado,

Y los suyos, aunque rotos,

No vencidos se tornaron:

«Tristes, etc.»

¡Oh cómo lo siente Zaida!

¡Y cómo vierten, llorando

Más que las heridas sangre,

Sus ojos aljófar blanco!

Dilo tú, Amor, si lo viste:

Más ¡ay, que de lastimado

Diste otro nudo á la venda,

Por no ver lo que ha pasado!

«Tristes, etc.»

No sólo le lloró Zaida:

Pero acompañanla cuantos

Del Albaicín á la Alhambra

Beben de Genil y Darro;

Las damas como á galán,

Los valientes como á bravo,

Los alcaldes como á igual,

Los plebeyos como á amparo:

«Tristes marchando

Las trompas roncás, los tambores des-

[templados.]»

MULEY.

1.º

Los ojos vueltos al cielo,
Y el pensamiento en su alma,
Cercado de mil sospechas,
Ingratitud y mudanza,
Celos, temor con engaño,
Embustes, nuevas marañas,
Peligros, muerte segura,
Con tormenta y sin mudanza,
De azul, pardo y amarillo
Una marlota bordada
Cercada de mil trofeos
Entre listones y franjas;
Por descanso un almuza
Con una borla encarnada,
Y en un extremo este mote:
«Mas el descansar me cansa.»
Un bonete aceitunado,
Una toca anaranjada,
Que ni es bien desesperado
Ni con perfecta esperanza;
Y del cabo del bonete,
Que hasta el hombro izquierdo baja,
Cuelga un precioso joyel
Con una fina esmeralda
Y dos arábicas letras,
Lo que le parece gracia,
Que declare en Aljamia:
«De esperar estoy colgada.»
En un morado tahali
Un alfanje de Tartaria,

La hoja llena de letras,
La guarnición plateada,
Y en medio de la contera
Un Cupido con sus armas
Y en una flecha este mote:
«Al que le defienda mata.»
Borceguies datilados,
Lados y vueltas doradas,
Y en ellos sendos lagartos
Pintados en una playa,
Que como la arena es frágil,
Si con los pies pinta ó labra
Pasando más adelante
La cola lo desbarata.
Quiso así significar
Que cuanto labró en Granada
La cola de un desengaño,
Lo destruyó sus pisadas.
Salió el gallardo Muley
De la fuerza de la Alhambra
Maldiciendo su ventura
Porque le dejó Albenzayda.

2.º

A la vista de los Velez
El fuerte Muley camina,
Que era la vuelta de Alora
Donde el amor le encamina,
En un retrato los ojos
De la bella Sarracina,
Y besándole mil veces,
A decille así principia:
«¡Oh tesoro de mis males,

Y de mis querellas mina!
¿Es posible que tus manos
Contra mi pecho se inclinan?
Acuérdate de los flores
Que cogí en Guadalupe;
Y que en presencia y ausencia,
Muley ante tí se inclina.
Ablanda ya el corazón
De esmeralda diamantina,
Y no pienses que en desdenes
Tu falsa afición se afina.
Buscando voy tu calor,
Como la fiel golondrina,
Que se va huyendo del golpe
De la furiosa marina:
Que porque me viste hablar
En la zambra con Cevina,
Quisiste contra tu fama
Ser á tu gusto divina.
No uses de los dobleces
Que usó la cauta Armelina:
Mira que mi pensamiento
A pensar en tí no atina.
Si te hablo, dícesme
Que me voy de la bolina;
Y si te miro callando,
Eres contra mí malina.
No sé, mora, qué te hago,
Pues con furia repentina
Te defiendes de un rendido
Con escudo y jacerina.
Con esto llegó á un arroyo
De una fuente cristalina,
Y á la sombra de un nogal
Su lazio cuerpo reclina.

3.º

Echada está por el suelo
Alcalá de los Gazules
Por el Santo Rey Fernando,
Día de San Pedro un lunes.
Los chapiteles de plata,
Que amenazaban las cumbres
Con el humo y con las llamas
Su rojo arrebol encubren.
Su alcázar, mezquita y baños
Vomita alquitran y azufre,
A cuyas llamas las armas
De los cristianos relucen;
Y dejando la ciudad,
Una cuesta arriba suben,
Haciendo desde lo alto
Mil luminarias y lumbres,
Cuando su alcaide Muley
Al cristiano Rey descubre
Desde una arruinada torre,
Que ya se quiebra ó se hunde,
Y dice: «Llega, cristiano,
Saquea, roba y destruye,
Pues que has vencido el linaje
Que al mundo de sangre cubre.
Los Gazules llevas presos,
De esta tierra honra y lumbré,
Y te afirmo que Granada
Cercada un año no dure.
Cuando veniste á Alcalá,
Dentro en mis baños lo supe:
Dejó la toca de seda,

Que mi frente ciñe y cubre;
A las torres de mis armas
Con mis moros me retruje:
Sali al campo porque nadie
De ser cobarde me acuse;
Mas llévame el alma presa
En una mora de Túnez,
Que fué desta tierra fuego,
Y de estos ojos la lumbre.
Dígnela su padre el Rey;
De Africa á España la truje
En una fusta turquesa,
Que de oro y seda compuse
Toda la popa dorada:
Hicé que mi estrado ocupe
Con cien cristianos vestidos
De telas blancas y azules.
Celebráronse las bodas
Mañana un año se cumple:
Mártes, día de desgracia,
Que se acabaron hoy lúnes.»

ALMORALIFE.

1.º

El mayor Almoraliife,
De los buenos de Granada,
El de más seguro alfanje,
Y el de más temida lanza;
El sobrino de Zulema,
Visorrey de la Alpujarra,
Gran consejero en la paz,

Fuerte y bravo en la batalla,
En socorro de su Rey
Se va á la mar desde Baza,
Más animoso y galán
Que el hijo del moro Andalla;
Tanto que al mundo su nombre
Seguras fianzas daba,
Que verdaderas saldrían
Sus dichosas esperanzas.
Albornoz de tela verde
Y de pajizo de gualda,
Marlota de raso al uso,
De azules linos sembrada,
Por mostrar que allá en la guerra
Encubre con esperanzas
Los lirios, que ya son verdes,
Y fueron flores moradas:
Con cuatro moros detras,
Solo en una yegua baya,
Que quien quiere adelantarse
Bien es que delante vaya:
Recogiendo, pues, la rienda,
Cesando el trote paraba,
Por no sentir por la posta
La ausencia de Felisalva.
Saca un retrato del pecho,
Que aún á sacalle no basta,
Porque salen tras la vista
Las imágenes del alma.
— Amada mora, le dice,
Que parece que me hablas
Con ceño porque te dejo,
Y dejándote me agravias:
¿Cómo me miras alegre,
Pues yo te vi esta mañana

Tan enojada conmigo,
Que contigo te enojabas?
Si no lloras como peña
Que está dura y hecha un agua,
¡Mucho me quieren tus ojos!
¡Mucho debo á tus entrañas!
Si el arrancar tus cabellos
No es sentimiento que engaña,
¡Muchos cabellos, amiga,
un roj respeto te faltan!
Habla ya, que á tu pintura
La darán vida mis ansias,
Dejando mi cuerpo triste,
Vacio y con fuerzas flacas.
Felisalva, no te entiendo;
Las suertes están trocadas,
Hoy callas tú y hablo yo,
Ayer hablaste y callaba.
¡Mal haya aquel amador
Que al retrato de su dama
Le dice sus sentimientos,
Pues que no sienten las tablas!
¡Mal haya aquel que la mira
En retrato mesurada,
El llorando, flaco y triste,
Y ella compuesta y ufana!
¡Ay pundonor, que me llevas
A meterme en una barca,
Y entre las ondas y el cielo
Cargado de acero y mallá!
¡Ay mis baños y jardines
Que el mejor tiempo os dejara!
Mas si dejo mi contento,
¿Qué hago en dejar mi casa?
Amiga, por nuestro amor,

Que si vives en mi alma,
Suspirando me la envies,
Que no venceré sin alma.—
Con esto los cuatro moros
A media rienda le alcanzan;
Esconde el retrato y pica,
Hablando de guerra y armas.

2.º

De la armada de su rey
A Baza daba la vuelta
El mejor Almorálife,
Sobrino del gran Zulema;
Y aunque llegó á media noche,
A pesar de las tinieblas,
Desde lejos divisaba
De su ciudad las almenas.
—Aquel chapitel es mío,
Con las águilas de César,
Insignia de los romanos
Que usurparon esta tierra.
La torre de Felisalva
Apostaré que es aquella,
Que en fe de su dueño altivo
Compite con las estrellas.
¡Oh gloria de mi esperanza,
Y esperanza de mi ausencia!
¡Compañía de mi gusto,
Soledad de mis querellas!
Si de mi alma quitases
Los recelos que la quedan,
Y algunas facilidades
Que de tus gustos me cuentan:

Si tu belleza estimáras,
Como estimo tu belleza,
Fuera idolo de España,
Y fama de ajenas tierras.—
Dijo, y entrándose en Baza,
A sus moros dió la yegua,
Y del barrio de su dama
Las blancas paredes besa.
Hizo la seña que usaba,
Y al ruido de la seña
Durmieron sus ansias vivas,
Y Felisalva despierta.
Salió luego á su balcon,
Y de pechos en las verjas,
A su moro envia el alma
Que le abrazase por ella.
Apénas pueden hablarse,
Que la gloria de su pena
Les hurtaba las palabras,
Que en tal trance no son buenas.
Al fin la fuerza de amor
Rompió al silencio la fuerza,
Porque sus querellas mudas
Por declararse revientan;
Y la bella Felisalva,
Tan turbada quanto bella,
Estando atento su moro,
A preguntalle comienza:
—Almorlife galan,
¿Cómo venis de la guerra?
¿Matastes tantos cristianos
Como damas os esperan?
¿Mi retrato viene vivo,
Ó murió de las sospechas
Que á su triste original

Le dan soledades vuestras?
Del vuestro sabré deciros
Que parece que le pesa
De que faltándole el ver,
Vivir y mirarle pueda.—

3.º

Descargando el fuerte acero,
Descinándose la espada,
Desembrizando el escudo,
Quitando el peto y espalda;
Desatando el brazalete,
Echando acullá la maza,
Besando la toca azul,
Que es celos, y celos rabia;
De coraje y de ira lleno,
De la perdida emboscada
Está el fuerte moro oyendo
El aviso de la Alhambra.
El Rey manda que en el punto
Suba á su real sala,
Donde está toda la corte
Decretando cierta causa.
Un paje viene corriendo
Del cielo do está su dama,
Y como viene del cielo,
Trae del cielo una embajada.
—Gallardo moro, te espera,
Dice el paje, quien más te ama,—
Y el mensajero replica:
—El Rey y la corte aguardan.—
Vuelve el rostro de ira lleno,
Y no contra quien la agravia,

Mas contra sí, y quien pregunta,
Pregunta, responde y calla.
Está un poco enmudecido,
Que acontece á quien bien ama,
Que quien no sabe de amor
Pocos tragos destos pasa.
—El Rey, dice el mensajero,
Mala espina tendrá;—y calla,
Que es destreza al fuerte toro
Saber medille la vara.
Cada cual le está incitando,
Que no halla poco quien halla
Los mensajeros tan fieles,
Que en esto no tengan falta.
—¡Almoralife! ¿qué esperas?
Que hay peligro en la tardanza.—
Dice el moro: —¿quién me espera?—
Responde el paje:—Tu dama
Felisalva, Almoralife:
Almoralife, aquella alba
Que te suele dar luz pura
Cuando á tu noche le falta,
Piensa que vienes herido,
O que sirves á otra dama,
Que te cura las heridas
Que amor y el rebato causan.
Viéte venir de la guerra,
No alzaste á verla la cara:
¡Cara cuesta tu venida!
¡Tu venida cuesta cara!
¡Moro, mira por tus ojos,
Que son espías del alma,
Y en amor son sobrescritos
De las amorosas cartas!
Mejora con tu presencia

La venida de Granada:
Así el cielo no empeore
Tu jornada y suya á Baza.
Deja de estar pensativo,
Piensa cómo está tu dama;
Aunque mal digo; no pienses,
No pienses hasta mañana.
Ven donde verás el daño
Que hace verdadera causa
De imaginar si la truecas
Por otra que más te agrada.
Eres tú sol, sola Fénix
Es ella, y en ti se abrasa,
Y quedarás con cenizas
Solás, si en venir te tardas.—

JARIFE.

1.^o

Una parte de la vega
Que el Genil y Darro bañan,
Cuyas aguas enriquecen
El Jaragui de Granada,
Como mejor posesion,
Amena y de más ganancia,
Dejó en dote Amete, persa,
A su hija Celindaja,
Mora que entre moras bella
La llama quien vella alcanza;
Y alcanza tanto poder,
Que nadie alcanza á miralla,
Sin que al momento no rinda

Alma, corazon y entrañas,
Que son despojos y gajes
Que ofrecen los que bien aman.
Estaba prendado della
Un bizarro de Cartama,
Y préciase de bizarro
Porque es bizarra su dama.
A las nueve de la noche,
Cuando comienza Diana
Con su clarifica lumbré
A tender rayos de plata,
Parte el moro venturoso
A ver á su Celindaja,
A ver su pena y su gloria,
Si en un supuesto se hallan.
No le cabe la alegría
Que lleva dentro en el alma,
Y quiere que las riberas
Gocen hoy de sus ganancias.
Suelta la voz, dando al viento
Mil donaires, mil palabras,
Que el amor tenía esculpidas
Como piedra en sus entrañas.
Sintió gran rumor y estruendo
Entre las espesas matas,
Que los ecos de sus glorias
Esperan nuevas mudanzas.
Dos dispuestos moros siguen,
Con callada y veloz planta,
Por el rastro de las voces
Y de la alegre algazara,
Al moro, y como los siente,
Vibrando fuerte la lanza,
Con horrisono sonido
Vuelve rienda, embraza adarga,

Aprieta la toca al brazo,
Pone hebilleta y enlaza;
Encaja el verde bonete,
Da de espuelas, presto salta.
—Traidor, dice el uno dellos,
Villano, de vil canalla,
Aguarda, aguarda, que vengo;
Que vengo, que vengo, aguarda!
;Apercibete, morillo,
Escúdate con la adarga,
Que si no te escudas presto,
Pasarte he con esta lanza! —
Gallardo se muestra el moro
Oyendo el aguarda, aguarda,
Y pelea embravecido
De la noche á la mañana,
Que no teme aquesta guerra
Quien salió de otra más brava.
Ya las puertas de occidente
Pasa la clara Diana,
Y con claros rayos Febo
Dora las cumbres más altas
Y como si en aquel punto
Comenzáran la batalla,
Andaba la escaramuza
Los dos contra el de Cartama.
Jarife, viéndose solo,
El dulce nombre declara
Que rumiaba entre los dientes
De su hermosa Celindaja;
Y habiéndole pronunciado,
Sin derribar más la maza,
Deja su mayor contrario
La comenzada batalla.
—Muy venturoso, le dice,

De muy valiente le alaba;
Mas ¿cómo no lo serás,
Si te ayuda Celindaja?
Goza, moro, lo que es mio,
Que yo te doy la palabra
De jamas te lo estorbar
En fiestas, zambra ó batalla.—
Fuése siguiéndole el moro
Que habia venido en su guarda,
Y Jarife dió la vuelta
Para tornarse á Cartama.

2.º

Sobre destroncadas flores,
Junto á la fuente del Cisne,
Sentada está Celindaja,
Más hermosa que no libre.
Mirando está al verde prado
Sus colores y matices,
Que con el sol resplandecen,
Y con el agua reviven.
No le alivian sus cuidados
Verdes plantas y jazmines,
Ni las horas regaladas
De las sombras apacibles:
El mal que en el alma siente,
Cualquier contento le impide,
Que las flores, fuentes, fiestas
Más al afligido afligen.
Por un pequeño recelo,
Que dentro del pecho vive,
Consiente amor en sus leyes
Que muera el amante triste.

Así Celindaja muere,
Y aunque muere no lo dice;
A más padecer más calla,
Sin á nadie descubrirse.
Quiere quejarse, y no puede,
Y una vez y otra repite;
Mas cansado el sufrimiento
Al viento la voz despide:
—Pensamientos amorosos,
¡Dichoso el que no os admite,
Cuanto pobre y desdichado
Quien por vosotros se aflige!
Decid, ¿por qué os cautivasteis?
Declarad todo el origen,
Si no es tan secreto el caso
Que pierda algo por decirse:
Mas si de veras amaís,
Olvidar es imposible,
Y más si con el amor
Teneis la fortuna firme.
¡Ay quién supiera dó estás,
Mi regalo y mi Jarife!
¿Si acaso vives con otra?
¡Mas ay, si con otra vives!...—
El moro, que oyó el lamento,
Procura presto encubrirse,
Para oír el tierno llanto
De su mora, y lo que dice;
Pero no pudo aguardar,
Ni el sufrimiento sufrirse,
Que el firme amor en su pecho
Le hace que de prisa aguije.
Con mil suspiros comienza
A hablarla, y la mano á asirle,
Diciendo:—Mi Celindaja,

¿Quién hay que del bien te prive?
 ¿Tiene por ventura el mundo
 Aliatares ni Adalifes,
 Gomeles, Muza ni Azarques,
 Sarracinos ó Cegries,
 Que cualquiera en tu servicio
 No se postre y arrodirle,
 Y para más agradarte
 A besar tus pies se incline?
 ¿Mas qué es lo que dije ahora?
 ¿Cobarde! ¿qué es lo que dije?
 Que si no soy yo, ninguno
 Puede pretender servirte.—
 Descubre el rostro la mora,
 Como el sol tras el eclipse,
 Tan apacible y alegre,
 Cuanto alegre y apacible;
 Y el enamorado moro,
 Que en sus razones prosigue,
 A vueltas de mil ternezas,
 A su Celindaja dice:
 —Sosiégate, gloria mía,
 Haz que tus ojos me miren,
 Que en ley de moro te juro
 Que jamás mi ley te olvide.
 Aquese dolor se aplaque,
 Porque el mío se mitigue,
 Y recibe en holocausto
 Esta vida que en tí vive.—
 Con el fin de estas razones,
 Ambos á dos se despiden,
 Diciendo: —Alá te acompañe:
 Alá te acompañe y guie.—

Al alcaide de Antequera
 El Rey de Granada escribe,
 Que contra el Rey castellano
 Diez y seis lanzas le envíe;
 Las ocho que partan luégo,
 Y á Jaen las encamine,
 Y que aperciba las otras
 Para el tiempo que le avise.
 Besa Zulema la carta,
 Y ejecuta lo que pide,
 Escogiendo de sus moros
 Los más fuertes adalides.
 En este tiempo á la corte
 Le fué forzoso partirse
 A poner en paz dos moros
 Que tratan guerras civiles;
 Y á su hijo noble encarga
 Que al Rey las lanzas envíe,
 Pues el honor de los dos
 En esta empresa consiste.
 Un domingo salen todos
 Al són de sus añafes,
 Los caballos cordobeses
 Y los soldados Cegries.
 De amarillo, azul y blanco
 Los ocho moros se visten,
 Colores de Celindaja,
 Por quien suspira Jarife:
 Bonetes de mezcla llevan,
 Y con bandas verdes ciñen
 Las plumas blancas terciadas

Que verlas todas impiden.
Alfanjes de Túnez penden
De doblados tahalies:
Las mazas en el arzon,
Y las lanzas en el ristre;
Bayos llevan los jaezes,
Las sillas blancas y firmes,
Los estribos plateados,
Y negros los boreguies.
La trompeta que los llama
Un fuerte soldado sigue,
Que va por cabo de todos,
Y la fuerte escuadra rige.
En un pendon de damasco,
Aunque se precia de humilde,
Por orla bordado lleva
Del alcaide el nombre insigne;
Y las bandas de sus armas
Con las otras que dividen
Los cinco leones fuertes
De no domadas cervices.
Los moros salen á verlos,
Y las moras los bendicen,
Porque van aventajados
A los Mnzas y Alfaquies.
Gallardo sale este dia
En una yegua Jarife,
Que las armas hurtó al viento,
Y la color á los cisnes,
Con una estrella en la frente,
Alheñadas cola y clines,
Y un jaez azul, bordado
De aljófar y de rubies.
En la adarga lleva un sol
Y una muerte negra y triste

Con unas letras doradas
Que dicen: « Cuando se eclipse,
Blancas y amarillas plumas,
Entre tocas tunecies,
Con un alquicel bordado
De estrellas y flor de lises:
Un alfanje de Toledo,
Con el puño de amatistes,
Y en lugar del pomo de oro
Una cabeza de tigre.
La gruesa lanza de fresno
Parece en sus manos mimbre,
Que como el viento las plumas
Así la juega y esgrime.
Oído se ha la trompeta
Dentro de Generalife,
Cuando por verle las damas
Desamparan los jardines.
El moro mira las rejas,
Obligando á que le miren;
Y viendo á su bella ingrata,
Así la requiebra y dice:
— Si vivir sin esos ojos
Fuera á mi alma posible,
O pudiera de la tuya
Sin la muerte dividirme,
Yo fuera á servir al Rey,
No porque privanza envidie,
Mas por traerte despojos
De algunos cristianos libres.
Lo que es posible en tu nombre,
Y la ocasión me permite,
En los soldados se muestra
Y en los colores que visten.
Quien tiene cautiva el alma

Mal puede llamarse libre,
Y el que parte sin morir
No diga que no le olviden:
Ellos se van, y te ofrecen
Los cristianos que cantiven,
Mientras lo queda su dueño
De los ojos por quien vive.
Alegre la hermosa mora,
De que no quiere partirse,
Y que sólo con las lanzas
Al Rey de Granada sirve,
Cúbrele desde el balcón
De azucenas y alielis,
Y el moro favorecido
De la reja se despide.
Sacó la lanza gallardo,
Y por hacerse invisible,
Al viento deja suspenso
De que la yegua le imite.

4.º

Ardiéndose está Jarife
En el fuego de Daraja:
Vela en ajeno poder,
Y él se ve en el de mil brasas:
Sus suspiros son el viento,
En que se enciende esta llama:
Sus quejas son las centellas,
Y el humo sus esperanzas.
No cura ya del jacz
Ni de la pluma bizarra,
Ni de bordar el aljuba,
Ni del color de la manga:

Solamente se desvela
En el hábito del alma;
Que amor, como le parece,
Ya le estrecha, ya le enfada:
Huye de gente los días;
Llorando las noches pasa,
Y á voces se queja al viento
Con semejantes palabras:
— Daraja, ¿ tanta hermosura
Cómo tan mal empleada?
¿ Cómo voluntad tan libre
Se volvió tan presto esclava?
¿ Que dejes á tu Jarife,
Que no vale menos que ama,
Y que siendo el que es Muley
Le quieras más que á tu alma!
¿ Tanto te va en ver sin vida
Al que en servirte la gasta?
¿ Tanto te va, fiera bella,
En que te noten de ingrata?
Si huelas como enemiga
De ver mi muerte temprana,
Yo mismo la buscaré,
Si quien la busca la halla;
Que cuando en escaramuzas
Al encuentro no me salga,
Estando cerca mi estoque
No he menester su guadaña;
Y si la muerte que digo
Te parece muy honrada,
Haz que me mate á traición
Ese que ya me la trata.
Fácil le será matarme,
Aunque en armas menos valga,
Pues en tenerme consigo

Sin ellas me quita el alma ;
Y tú vivirás contenta
Cuando por toda Granada
La muerte de tu Jarife
Por todos fuere llorada.
Cuando te contáre alguna
De ménos duras entrañas
Adónde hallaron mi cuerpo ,
Y quién le lavó las llagas ;
Cuántas lanzadas tenía ,
Y cuántos golpes de espada ,
Y cuántas horas estubo
Sin conocerle en la plaza ;
¿Que te faltará aquel día
Para bienaventurada ,
Si no te turba el contento
Ver mi desdicha acabada ?
Podrás, despues de yo muerto ,
Ir libremente á las zambras ;
Podrás sacar en las fiestas
Una gala y otra gala ;
Podrás gozar de la vega ,
Y ponerte á la ventana ,
Y entre las moras amigas
Alabarte de esta hazaña :
Y como tendrán mis huesos
La tierra por dura cama ,
¿ Bien te ha de valer mi muerte
Para vivir descansada ,
Si ménos ha de celarte
El que sabes tú que trata
Más de vengarme de ti ,
Que yo de pedir venganza ! —

5.^o

Al lado de Sarracina
Jarife está en una zambra ,
Hablando en su amor primero ,
De que fué la secretaria.
— ¿ Sois vos, le dice la mora ,
Jarife aqnel de Daraja ,
Aqnel de fe templo, aqnel
Monstruo de perseverancia ?
Tres años há, caballero ,
Que os llora por muerto España :
Si muerto, ¿ cómo en el mundo ?
Si vivo, ¿ cómo sin alma ? —
El enamorado moro ,
Por satisfacer la dama ,
Ni en voz humilde ni altiva
Así la lengua desata :
— El hilo de nuestras vidas
En mano está de las Parcas ,
Ellas le rompen y tuercen ,
Que fuerza de amor no basta.
A cada cual su carrera
De una vez se le señala ;
No hay más alargar la corta ,
No hay más acortar la larga ,
Si hubiera querido el cielo ,
Que para más mal me guarda ,
Puerta han dado mis empresas
A más de un morir de fama :
Más de una vez el Maestre
Midió conmigo su lanza ;
Más de un golpe de los suyos

Guarda por blason mi adarga.
En la traicion de Muley,
Y en la libertad de Zaida,
Si no derramé la vida
Fué culpa de mi desgracia;
Aunque fué, si bien se mide,
Cosa por razon guiada,
Que no es justo pueda el hierro
Lo que no puede la rabia.
Vi triunfar á mi enemigo,
De quien me venció sin armas,
Yo el cuello puesto en cadenas,
Y el su frente coronada:
Vi adornados sus trofeos
De mil laureles y palmas,
Y el ave de Ticio fiera
Cebarse de mis entrañas.
¡Entónces, entónces, muerte,
A buena sazón llegarás;
Tuviera el sepulcro el cuerpo
Do tuvo su cielo el alma!
Muriera donde á lo ménos
Supiera el mundo la causa,
Donde mis placeres, donde
Murieron mis esperanzas.
Mas si está ordenado arriba,
Vivamos, pase esta farsa,
Que quien hasta aquí ha sufrido,
Sufrir podrá lo que falta. —

En la vega está Jarife
Mirando el famoso alcázar
Que á Generalife sirve

De fuerte, corona y guarda;
Y al mismo tiempo que el sol
Doraba la luz al alba,
Y el rocío de sus ojos
Deshizo el sol de Daraja,
A cuyo fuego tambien
Desató la lengua helada,
Y descubrieron las quejas
Detenidas en el alma.
— ¡Bien he visto, dice el moro,
Si las sóspechas engañan,
Pues han salido más ciertas,
Que fueron imaginadas!
Por el primero favor
Me diste una pluma, ingrata,
Imágen del seco fruto
De mi perdida esperanza:
Pensé que el grande calor
Del amor que me mostrabas
Fertilizara tu pecho,
Tierra estéril, seca y tarda,
Y que la palma me diera
El dulce fruto temprana;
Pero ¡quién siembra en arena
Que coja viento y palabras!
¡Llegóse ya la ocasion
En que pudieran mis ansias
Hallar remedio en tu pecho,
Y estaba en él tu mudanza;
Pero como de mí mal
No fuiste más que la causa,
Al apurar de la fe
Se conoció que eras falsa.
¿Para qué finges, cruel,
Imposibles y amenazas?

Pero si amaras, supieras
Que no las teme quien ama.
Los mayores imposibles
Amor deshace y allana,
Porque es como el rayo fuerte,
Que lo más fuerte quebranta.
Como dos contrarios juntos
Para vencer se señalan,
Así amor en imposibles
Su poder muestra y levanta.
No te espantes si el desden
Y el alma desengañada
Pueden tanto, que me fueren
A que del tiempo me valga,
Y que busque mi remedio
Y procure mi venganza,
Que un desden sana con otro,
Si amor con amor se paga.
¡Por mucho que el fuego sea,
Puede ser la nieve tanta
Que venza lo menos fuerte
Con la calidad contraria!
No te fies de los ojos
Que cuando quieren me matan,
Pues la fuerza de un disgusto
La mayor paciencia acaba.
A mujer que quiere bien
¿Qué impiden tías ni hermanas,
Pues los muros y las torres
Suelen ser débiles cañas?
Amor que mira en respetos,
¿Por qué causa amor se llama,
Si al amor le pintan ciego
Porque no repara en nada?
¡Eas tibiezas y celos,

Recelos, dudas, palabras,
No son efectos de amor,
Que al amor nada le espanta!
Sin quemarse, el vivo fuego,
Y á pié enjuto el agua pasa,
Asperos montes camina
Y al aire extiende sus alas.
¡Quien pone duda en su gusto
Mucho descubre del alma!
Yo á lo menos bien conozco
Que no le tienes, Daraja.
Si una vez se apaga el fuego,
No hayas miedo que renazca,
Que no he de ser como el Fénix,
Aunque he sido Salamandra. —
Esto dijo, y suspirando
Picó su yegua alazana,
Y entró en Granada furioso
Por la puerta del Alhambra.

7.º

¡No la reina de las aves
Cuando se abate á la presa,
No la flecha de Diana
Sale del arco tan presta,
Como parte de Jerez
El nieto del gran Zulema!
¡Bien se le parece al moro
Que amor las alas le presta!
La vuelta va de Toledo,
Jurando no dar la vuelta
Hasta allanar el alcázar
De quien depende esta empresa.

Véle al pasar su Daraja,
Y reconoce la yegua,
No la empresa de la adarga,
Que como olvidado es nueva.
Lleva en lugar del ayunque
Y del monte, aunque lo fuera,
Un hacha verde encendida,
Con otra amarilla y muerta.
Sin letra va la divisa,
Que es el alma de la empresa,
Que mientras vive su alma
No quiere empresa con ella.
Verde toca, verdes plumas,
Verde la manga, y cubierta
De menudo aljófar, verde
Borceguí, mochila y cuerda:
Verde la aljuba que viste
Llena de blancas estrellas,
Y por los verdes extremos
Se ve lo pajizo apenas.
Conócelo, y desconoce
La dama, mira, arde y tiembla,
Ni bien se atreve á llamarle,
Ni bien de llamarle deja.
En esto alzó el Beneerraje
Con descuido la cabeza,
Pudo ser que por miralla,
Aunque le pesó de vella;
Y como más de cortés
Que de obstinado se precia,
Inclina tocado y lanza,
Y recoge brazo y rienda.
Ella, con voz alterada,
Le dijo, viéndole cerca,
Después de algunos suspiros

Y alguna lluvia de perlas:
— Jarife, ¿para matarme
Tan galán y tan apriesa?
¿Qué promete esa verdura?
¿Qué hachas quieren ser esas?
Es Zaida la verde y viva,
Y yo la amarilla y muerta?
¿O son hachas de sus bodas
Que sirven á mis exequias?
Irás muy gallardo agora
A la comenzada empresa,
Si no está cansado el cielo
De sufrir mil insolencias.
¿Piensas que por ser galán
Y haberte puesto en la overa,
Por ser de prueba el adarga
Y la lanza algo más gruesa,
Y por ser, como otras muchas,
Esta jornada en mí ofensa,
Puedes allanar los montes,
Y hacer de los valles sierras?
¡Camina, ingrato, camina!
¡Pretende mujer por fuerza!
¡Trabaja de romper sólo
Por tantas gradas y puertas!
Que si de los justos cielos
Algo puede la elemencia,
Yo espero ver de tu cuerpo
Cebadas aves y fieras;
Y el corazón que me diste,
Y agora, traidor, me llevas,
Pasado de tantas lanzas,
Como de amorosas flechas.
No siempre la ciega diosa
Temeridades aprueba,

Ni siempre cerrado el cielo
Está de un triste á las quejas.—
Esto dijo demudada,
Y sin aguardar respuesta,
En confusion á Jarife,
Y al mundo dejó en tinieblas.

8.º

— Fiel secretario Lisaro,
El forastero Jarife,
Sabiendo tus pretensiones,
Por esta carta te pide
Que á la discreta Daraja
No la rondes ni visites,
Ni gozar de sus favores
Procuras ni solicites:
Que no la escribas billetes,
Porque si alguno la escribes,
El alma que tengo en ella
Lo ve luego, y me lo dice:
Que es harto mejor que ocupes,
En servir al Rey que sirves,
La pluma, que no ocupalla
En billetes mujeriles.
Hanne dicho que procuras
Con mil astucias y ardides,
Apartarme de sus ojos,
Siendo una cosa imposible.
Cansaste en balde, Lisaro,
Si della quies dividirme,
Que dos almas que son una
Sólo el morir las divide.
Mil moros hay en Granada,

Tan gallardos y gentiles,
Que hurtan la hermosura á Apolo
Y esfuerzo y valor á Alcides;
Y aunque algunos pretendieron
Asistir en lo que asistes,
Salióles al fin la suerte
De la color de los cisnes:
Que este ceguezuelo amor,
Como es hecho de imposibles,
Lo que es fácil dificulta,
Facilita lo difícil.
Yo he visto moras gallardas
Despreciar moros sublimes,
Y despues poner su amor
En un paje que las sirve;
Porque en gustos no hay disputa,
Ni en amor leyes que obliguen,
Ni en las mujeres razon
Que su gusto las limite.
Significote estas cosas,
Porque me han dicho que dices
Mal de mí, y que de Daraja
Te maravillas y ries,
Porque poniendo su amor
En un forastero humilde,
Deja un secretario real
Que la ciudad manda y rige.
Humilde soy, y no en sangre,
Que si eres de los Cegries,
Yo soy de los Bencerrajes,
Y en desgracias pareciles.
Siempre fueron envidiados,
No es mucho que tú me envidies,
Que siempre damas nos quieren
Y traidores nos persiguen!

Tambien me certificaron
Que entre las trazas que diste
Para gozar de Daraja,
Desterrarme pretendiste.
¡Preciándote de discreto
Muy necia eleccion hiciste,
Porque mal, Lisaro amigo,
Un cuerpo sin alma vive!
Daraja tiene mi alma,
La suya en mi pecho asiste,
Vivir sin mí es excusado,
Y yo sin ella imposible,
Y pues indicios has visto
De ser esto verosimil,
Deja el alma de mi alma
Y procura otra alma libre.
Otras moras hallarás
Que te sirvan y acaricien
De voluntad, que el amor
Nunca por fuerza se rinde. —
Acabada está razon
Cerró la carta Jarife,
Y á Lisaro la envió
Con un paje que le sirve.

LISARO.

1.º

Ya por el balcon de oriente
Su rostro Apolo mostraba,
Las lágrimas enjugando
Que vertió su dulce hermana:

Por él la encogida rosa
Las hojas tiende y ensancha,
Y Clicie comienza el curso
Que hace mirando su cara.
En esta sazón Lisaro,
A quien fortuna contraria
Hizo enemigo á la vida,
Y amigo á la muerte amarga;
Cuanto infelice gallardo,
En una yegua alazana
Con tardo curso camina
Por la vega de Granada.
Mil veces la ciudad mira,
En agua los ojos baña,
Y procurando hablar,
Su voz un suspiro ataja;
Pero del dolor forzado,
Voz y suspiro acompaña,
Cansado de un dolor fiero
Que ya con su vida acaba.
— ¡Zoraida, dice, que olvidas
A quien muriendo te llama,
A mis antiguos servicios.
Pagaste al fin como ingrata!
¿No soy yo quien pudo un tiempo
Encender tu nieve helada,
Cuando decias: de Lisaro
Ha de ser siempre Zoraida?
¿Cómo olvidaste esta fe,
Y á quien tanto te agradaba,
Condenas á daño eterno
Nacido de tu mudanza?
¡Y tú, Rey, que has conocido
El valor de aquesta espada,
Rayo que ofende y deshace

A quien tus leyes no guarda;
Pues tal concierto ordenaste,
Poco mi vida te agrada,
Que mal admite concierto
La division que tal causa!
¡Dejárame que muriera
Receloso de mi alma,
Y no me dieras la muerte
Entre muertas esperanzas!
¡Consintieras que Abenzaide,
Por ventura ó por ventaja,
Diera fin á aquesta vida
Que me ofende sin Zoraida! —
Esto dijo, y del turbante
Una pluma verde arranca,
Y espárcela por el viento
Que hasta el cielo la levanta.
— Huye de mí, dijo el moro,
Que tu color no me agrada,
Pues tras un desden tan claro
No habrá lugar de esperanza. —

2.º

Lisaro, que fué en Granada
Cabeza de los Cegries,
Más gallardo en guerra y paz
Que el mejor Almoráfi,
Salió de Alcalá de Henáres,
Donde sirviendo reside
El alcaldía famosa
Que le dió su rey Jarife.
No va enal suele á Toledo
A jugar cañas, ni viste

Morado alquicel de seda,
Ni dorado alfanje ciñe.
No siembra bonete azul
De granates y amatistes,
Ni lleva listadas de oro,
Blancas tocas tunecies.
Sale buscando furioso
A su Zoraida, á quien sirve,
Y á su padre que la lleva,
Siguiendo á quien le persigue.
Encerrarla quiere el moro
Por sospechas que le oprimen,
Siendo tal, que puede al templo
Llevar el agua del Tiber.
Con estas ansias Lisaro
Hace que su gente aplique
Al color del corazon
El vestido negro y triste.
Cuatro moros le acompañan,
Todos de negro se visten:
De negro son los jaeces,
Y de luto los tahalies.
En alfanjes y acicates
Relumbran nuevos matices,
Y negras las estriberas,
De Córdoba borceguies:
Las lanzas de color negro,
Los hierros la vista impiden,
Hasta las blancas adargas
Con bandas negras dividen.
Yeguas negras andaluzas
Que al viento los pasos miden,
Sólo los frenos son blancos
Por la espuma que los tiñe.
Lisaro, sólo entre todos

Un ramo de laurel cñe
A la toca del bonete,
Entre los penachos tristes.
En el camino se para,
Aunque importa que camine;
Y mirando el ramo verde,
A sus esperanzas dice:

— Sólo en mi deseo pudo
Ser poderoso y posible
Nacer de esperanzas verdes
La muerte que le marchite.
En las manos de Zoraida,
Alegre ramo, naciste,
Con tan dichosos principios
Que esperaba alegres fines;
Mas en la flor de tu gloria
Cuatro enemigos tuviste,
Agua, fuego, nieve y viento,
Que aún cortado te persiguen:
Pero aunque voy á la muerte,
No he querido que te prive
De que este mi luto veas
Tú que mi esperanza fuiste,
Para que en mi sepultura
El que te viere imagine
Que el dueño de tanto bien
Vivo muere, y muerto vive. —
Tales quejas dice el moro,
Cual suele en su muerte el cisne,
Cuando amor muestra á Zoraida,
Que tiene vista de lince.
Lisaro avisa á su gente,
Hace que las yeguas piquen,
Y los caballos contrarios
Que alborotados relinchen.

Pónensele á la defensa;
Pero de poco les sirve,
Porque al fin vuelve á Alcalá
Con su esposa alegre y libre.

MOHACEN.

Antes que el sol su luz muestre,
La suya Vénus nos muestra,
Anunciador cierto y claro
De la Aurora y su luz bella,
A tal hora, que en Granada
Gran alboroto se suena
De atambores y clarines,
De añafles y trompetas,
Que hacen de la gente alarde,
Y tocan á la reseña.
Quiere el Rey salir á vello,
Y con sus damas la Reina;
Y luego como el sol sale,
Salen moros á la vega,
Los más bravos y galanes
Que empuñan lanza ó jineta,
Vestidos y aderezados
Al fin, como para muestra.
Los que en sólo guerra tratan
Llevan adornos de guerra,
Los que son enamorados
Llevan divisas y empresas.
Un gran mirador se hizo
Para que los reyes vean
Después pasar las cuadrillas
Y escaramuzar los dellas.

Un ramo de laurel cñe
A la toca del bonete,
Entre los penachos tristes.
En el camino se para,
Aunque importa que camine;
Y mirando el ramo verde,
A sus esperanzas dice:

— Sólo en mi deseo pudo
Ser poderoso y posible
Nacer de esperanzas verdes
La muerte que le marchite.
En las manos de Zoraida,
Alegre ramo, naciste,
Con tan dichosos principios
Que esperaba alegres fines;
Mas en la flor de tu gloria
Cuatro enemigos tuviste,
Agua, fuego, nieve y viento,
Que aún cortado te persiguen:
Pero aunque voy á la muerte,
No he querido que te prive
De que este mi luto veas
Tú que mi esperanza fuiste,
Para que en mi sepultura
El que te viere imagine
Que el dueño de tanto bien
Vivo muere, y muerto vive. —
Tales quejas dice el moro,
Cual suele en su muerte el cisne,
Cuando amor muestra á Zoraida,
Que tiene vista de lince.
Lisaro avisa á su gente,
Hace que las yeguas piquen,
Y los caballos contrarios
Que alborotados relinchen.

Pónensele á la defensa;
Pero de poco les sirve,
Porque al fin vuelve á Alcalá
Con su esposa alegre y libre.

MOHACEN.

Antes que el sol su luz muestre,
La suya Vénus nos muestra,
Anunciador cierto y claro
De la Aurora y su luz bella,
A tal hora, que en Granada
Gran alboroto se suena
De atambores y clarines,
De añafles y trompetas,
Que hacen de la gente alarde,
Y tocan á la reseña.
Quiere el Rey salir á vello,
Y con sus damas la Reina;
Y luego como el sol sale,
Salen moros á la vega,
Los más bravos y galanes
Que empuñan lanza ó jineta,
Vestidos y aderezados
Al fin, como para muestra.
Los que en sólo guerra tratan
Llevan adornos de guerra,
Los que son enamorados
Llevan divisas y empresas.
Un gran mirador se hizo
Para que los reyes vean
Después pasar las cuadrillas
Y escaramuzar los dellas.

Ya vienen, y van pasando
De cinco en cinco en hilera
Los de Ubeda y Andújar,
Los de Córdoba y Baeza,
De Málaga y de Jaén,
De Ecija y de Lucena,
De Velez y de Molina,
De Jerez de la Frontera.
Entre todos se señala
Mohacen el de Antequera,
En su caballo picazo,
Con marlota blanca y negra;
Negro y blanco el capellar,
Cabezadas y estriberas;
Negras y blancas las plumas,
Las borlas y la bandera;
De negro toda la adarga,
Y de plata mil estrellas:
Un cendal negro en el brazo,
Y el blanco brazo de fuera,
Y en la muñeca una ajorca
Que le dió de su muñeca
Celinda, de perlas de oro,
Linda, más que el oro y perlas.
Va tan lozano y gallardo
Que apenas toca la tierra;
Lleva los ojos á todos,
Y á todos el alma lleva,
Y á quien le rinde la suya
Baja el moro la cabeza,
Y viola más bella y clara
Que la aurora clara y bella,
Diferenciándose á todas,
Como la flor á las hierbas.
Mohacen la miró alegre,

Y ella le miró risueña;
Habláronse con los ojos,
Que son de las almas lenguas.
En esto se pasó el moro,
Y ella traspasada queda,
Con la mano en la mejilla,
Contemplativa y suspensa;
Y dijo, considerando
Del moro la gentileza:
— Alá, Mohacen, te guarde,
Mahoma te favorezca,
Y en guerra ó en paz que trates,
Próspero fin te suceda:
Respénte los amigos,
Los enemigos te teman,
Las banderas de sus manos
Debajo tus piés las veas:
Sea tu lanza de diamante,
Las suyas sean de cera,
Porque los hieras y mates,
Y no te maten ni hieran.
Las damas, entre galanes,
Por el más galán te tengan,
Y en las fiestas y en las cañas
Más que todos bien parezcas,
Y las damas que quisieres
Mucho más que á sí te quieran.
Nunca entre en su pecho olvido,
Ni en el tuyo entre sospecha:
Si competidor tuvieres,
A ti solo favorezca,
Y si con ella casares,
No te engañe ni te mienta.
Y tal gusto en ella halles
Que á todas dejes por ella:

Tengas desengaño en celos,
Y sufrimiento en ausencia :
Levántete la fortuna,
Y fije el clavo en su rueda. —
Nunca Celinda acabára,
Mas la escaramuza empieza,
Y vió ir su moro delante,
Porque á todos atras deja :
Y así trabada entre todos
Duró gran rato la fiesta,
Y volviéronse á Granada,
Donde otra fiesta se ordena.

MANILORO.

1.º

En la más terrible noche
Que envió la tierra al cielo,
De viento y oscuridad,
Soledad, frío y silencio,
Cuando todos se recrean
En blandos y dulces lechos,
Deja Maniloro á Ronda,
Bramando de mal de celos.
Al cielo pide venganza,
Y el suelo tiembla de miedo,
Porque conoce sus furias
Y ha visto sus golpes fieros.
Maldice su corta suerte,
Maldice la fiesta y juego
Donde vió la desventura
Que recelaba su pecho.

Cuanto llevaba vestido
Publicaba su tormento,
Con recelosas medallas
Y cifras puestas á trechos.
Llevaba una yegua baya,
Y eserito en un jaez negro :
« Vaya, quien supo mudarse
Fuera de mi firme pecho. »
Con una marlota azul
De esperanza y cautiverio,
Llevaba unos eslabones,
Y este mote puesto en medio :
« Cautivó mis esperanzas
» Un moro, no caballero,
» Que si caballero fuera,
» No fuera mi mal tan fiero. »
En un capellar pajizo
Llevaba de azules veros
Una cenefa vistosa,
Y este mote en medio puesto :
« Veros me dió nueva vida,
» Y fuera vida no veros ;
» Pues de veros vi mis véras
» Vueltas en burlas y juegos. »
Un bonete de brocado
Sembrado de camafeos,
Y por plumas dos espigas,
Y un pájaro en medio puesto,
Y dice la letra así :
« Granó sin sazón ni tiempo,
» Y el pájaro más cercano
» La comió por ser primero » ;
Y por medalla un delfín,
Torcida la cola al cuello,
Con una letra que dice :

«Del-fin me quedó el deseo»:
 Un borcegui turquesado
 De dorados sellos llenos,
 Y en cada sello dos caras,
 De donde nació su duelo;
 Y en medio de un ancho mar
 Una ballena huyendo,
 Y por letra: «Mi esperanza
 »Va llena de descontento.»
 A los cabos de la adarga
 Llevaba los cuatro vientos,
 Con una letra que dice:
 «El menor pidiera de ellos.»
 Al lado de la capilla
 Llevaba en el hombro izquierdo
 Pintado un blanco unicornio,
 Y escrito en medio del cuerno:
 «Uno solo puede dar
 »A mil mundos descontento,
 »Y el que más de uno sufriese
 »Sufrirá carga de ciento.»
 Entre cansadas divisas
 Iba bramando y muriendo,
 Y entre rabiosos suspiros
 Hablando consigo mismo:
 — ¡Mal haya el hombre que fía
 De mujer y sus contentos,
 Pues sabe que sus dulzuras
 Son ponzoñosos venenos!
 A un agravio tan notable
 Mi brazo pondrá remedio,
 Con revolcarme en la sangre
 Del que oscureció mi cielo.
 Pero no tiene él la culpa,
 Porque va tras su deseo,

Sino tú, que le creiste
 Sus ternuras y requiebros.
 ¡Mal se sirven dos señores,
 Que es carga de grave peso,
 Y el bien más alto se pierde
 Cuando lleve más de un dueño!
 Mas ten por cierto, Zoraida,
 Que estás ya muerta en mi pecho,
 Que mora que quiso á dos
 Podrá querer á trescientos.—

2.º

En un alegre jardín
 Que un ancho estanque cercaba,
 Donde no se puede entrar
 Sin fuerza de remo y barca,
 Cuyas cercas de alabastro
 Con barandillas doradas
 Ha tejido el arrayán,
 Naranjas, cedros y parras;
 A sombra de unos jardines,
 Recostada entre unas matas
 De claveles y alelías
 Y de violetas doradas,
 Gozando del dulce sitio
 Que está brotando esperanzas,
 Está la bella Celinda
 Bendida de ausentes ansias.
 Como fué su mal con hierba,
 Entre las hierbas descansa,
 Pensando que hierbas pueden
 Sanar heridas del alma.
 Una gloria la entretiene,

Y esta gloria es la palabra
Del alcaide Maniloro,
Alcaide y rey de su alma.
Ausencia le hace guerra
Y el fuego de sus entrañas,
Que está su galán en Ronda,
Do tuvo en tiempo otra dama.
Bien reconoce Celinda
Que es de Maniloro amada;
Pero teme, que la ausencia
Es madre de la mudanza,
Y teme, que su galán
Está do sirvió á Zoraida,
Y llagas viejas de amor
Sanan muy tarde, si sanan.
El día del Santo espera,
A quien la gente villana
Celebra la noche y día
Con escaramuza y zámbras.
Para este día la dijo
Que le aguardase en su alcázar,
Que estarán de paz los campos
Con las bodas de Daraja.
Con esta esperanza vive,
De esperar desesperada,
Que la esperanza más corta
El mucho amor la hace larga:
Así, para consolarse,
Abrió una dorada caja,
Adonde tenía dos prendas
De la prenda que más ama:
La una era un ramillete
De azules flores y blancas,
Y besándole le dice
Enternecida y turbada:

— De celos y castidad
Os vistieron, no sin causa,
Para avisarme con vos
Que sea celosa y casta.
No faltarán de mí celos
Mientras vuestro dueño falta,
Ni castidad en mi pecho,
Que mi amor más que esto manda.—
Una toca es la otra prenda
Con que el moro jugó cañas,
Y del juego vino el fuego,
Que de juego á fuego pasa;
Y descogiendo la toca,
La toca en el pecho y alma,
Pensando con tal reliquia
Sanar su sedienta rabia,
Como el mordido del perro
Con pelos del perro sana,
Y al que picó el escorpion,
Que con su aceite descausa,
Así se cura la mora
Con prendas de amor sus llagas,
Y dándole dos mil besos,
Con su toca y señor habla:
— Sin más tormento de toca
Recibe á prueba mi causa,
Pues tengo yo confesado
Que nací siendo tu esclava.—

AZARQUE EL DE OCAÑA.

1.º

El rey Marruecos un día
El claro Tajo miraba,
Lleno de imaginaciones,
Y de celos llena el alma.
Miraba cómo los rayos
Del sol hacían en el agua
Unas veces oro fino,
Y otras veces fina plata,
Cuando vido que salían
Por entre flores y plantas
El valiente Sarracino
Y la bella Galiana:
Tras ellos en compañía
Azarque y su Celindaja,
Y trabados de las manos
Jarifa con Abenamar,
Y á la postre en escuadron
Número de muchas damas,
Entre las cuales la Reina
Viene á ver bailar la zambra.
Llegados en esta forma
Todos al Rey se humillaban,
Y haciéndose acatamiento
Las dos majestades altas,
Asiento piden al punto
Que ya la zambra tocaban,
Cuando vieron la divisa
Que Sarracino sacaba,
Una rueda de fortuna
En una marlota parda,

Que sujeta la tenía
A la causa de su dama,
Con esta letra que dice:
«Jamás me será voltaria,
» ¿Quién se teme de la vuelta
» De tan hermosa contraria? »
Abenamar por Jarifa
Otra divisa sacaba,
No ménos discreta y bella,
Ni del Rey ménos mirada.
Un mundo negro bordado
En un escudo de grana,
Con esta letra por orla:
«Más merece quien me manda, »
Azarque, en el campo verde
Y en su marlota morada,
Mostraba dos aficiones
Ser iguales y contrarias,
Que eran dos manos asidas
Que en un corazón tocaban,
Y en medio de ellas Cupido
Echando en el arco jaras,
Y esta letra le responde:
«No se teme la mudanza
» En los que en igual padecen,
» Y se pagan con dos almas. »
El Rey se picó en la letra
Que el bravo moro llevaba,
Viendo que era por su mora,
Y mandó cesar la zambra.
Mas por no dar á entender
El fuego que le abrasaba,
Quiso fingir á la Reina
Que toca Toledo al arma.
Las damas, que lo entendieron,

Bogaron á Celindaja
Que de su parte le pida
Al Rey que deje la saña.
No fué mucho menester
A la mora importunalla;
Mas fué por daño de Azarque
Hacer al Rey tal demanda,
Que llamándole pechero
Le desterró de su casa
Con admiracion de todos,
Viendo el hecho, y no la causa.
Unos dicen que son celos,
Otros que celos no bastan
Para afrentar un vasallo
Que de noble tiene fama.
Azarque las manos muerde,
Desnuda el moro su espada;
Alborotáronse todos,
Celindaja se desmaya,
El Rey desnudó la suya,
Sarracino y Abenámár,
En lugar de meter paz,
Metieron mayor eizaña:
Hiciéronse con Azarque,
Y son muchos de su banda:
El Rey, que solo se vió,
Procuró dejar las armas:
Y en esto paró la fiesta
Y el contento de las damas:
Volvióse el Rey á Toledo,
Y Azarque fuése á su Ocaña.

Azarque, bizarro moro,
Ordena un juego de cañas
En la célebre Toledo,
En honra de Celindaja,
Mora que al Rey arruina,
Y á Azarque encumbra y ensalza,
Que le honra y obedece,
Y al Rey como esclavo trata.
Júntase gente diversa,
La más ilustre de España;
Los Gazules de Alcalá,
Y de Ronda los Audallas,
Bizarros Almoradíes,
Vanegas fuertes y Mazas,
De Córdoba Sarracinos,
Y Gomeles de Granada,
Y otros muchos caballeros
Fuertes, de destreza extraña,
Galanamente vestidos
Por las manos de sus damas.
Toledo estaba suspenso
De tal bizzarria y gala,
De verlos todos iguales
En fuerza, valor y traza.
Entraron, pues, los Gazules
Con marlotas coloradas,
Con franjones de oro fino,
Y una cifra por medalla:
Llevan por divisa un mar
Con unas olas muy altas,
Con una letra que dice:
«A todo el mundo avasalla.»

Los Andallas le siguieron
Con las marlotas doradas,
Bonetes con muchas plumas
Pardas, azules y blancas.
Por divisa va Cupido
En una torre muy alta,
Con esta letra que dice:
«Favorezco á quien me ensalza.»
Salieron los Sarracinos,
Que más éstos se aventajan,
De azul, morado y pajizo,
Y dos higas por medalla.
Llevan por divisa un mundo,
Y un moro que lo contrasta;
Una letra va que dice:
«Este, y otros mil que haya.»
Los de Granada salieron
Todos en gran camarada,
Galanes á maravilla
Con libreas encarnadas,
Y sacaron por divisa
Una hermosa granada,
Y una letra en la corona:
«No osará nadie miralla.»
Luego vienen los Azarques
Que á los demas avasallan,
Arrogantes más que todos,
Con las marlotas de gualdas.
Azarque se señaló,
A él reconocen ventaja,
Porque su marlota iba
Labrada por Celindaja.
Lleva por divisa un sol
Que al mediodía llegaba;
La letra que lleva dice:

«Disparate es comparalla!»
Cuando ella le vido entrar,
De su asiento se levanta;
Hízole su acatamiento,
Y él á ella se inclinaba.
El Rey cuando vido esto,
Con cólera ciega y brava
A sus vasallos les grita:
—Atravesadle una lanza.—
Celindaja á los demas
Gritó desde su ventana,
Y sin temer nada al Rey,
Con los caballeros habla.
—Caballeros andaluces,
Librad su cuerpo y mi alma,
Mirad que matan á dos,
Pensando que uno matan.—
Luego la fiesta se vuelve
En una fiera batalla;
Castellanos y andaluces
Allí se dan de las astas.
Galan y dama prendieron,
Aunque hay muchos de su banda,
Puesto que no hay quien resista
Lo que un Rey celoso manda.

3.º

Ocho á ocho y diez á diez
Sarracinos y Aliatares
Juegan cañas en Toledo
Contra Adalifes y Azarques.
Publicó fiestas el Rey
Por las ya juradas paces

De Zaide, rey de Belchite,
Y del valenciano Tarfe.
Otros dicen que estas nuevas
Al Rey sirvieron de achaque,
Y que Celindaja ordena
Sus fiestas y sus pesares.
Entraron los Sarracinos
En caballos alazanes,
De naranjado y de verde
Marlotas y capellares;
En las adargas traían
L'or empresas sus alfanjes
Hechos arcos de Cupido,
Y por letra: «Fuego y sangre.»
Iguales en las parejas
Les siguen los Aliatares,
Con encarnadas libreas
Llenas de blancos follajes.
Llevan por divisa un cielo
Sobre los hombros de Atlante,
Y un moro Aliatar diciendo:
«Tendréle cuando se canse.»
Los Adalifes siguieron
Muy costosos y galanes,
De encarnado y amarillo,
Y por mangas almaizares.
Era su divisa un mundo
Que le deshace un salvaje,
Y un mote sobre un bastón
En que dice: «Fuerzas valen.»
Los ocho Azarques siguieron
Más que todos arrogantes,
De azul, morado y pajizo
Y unas higas por plumajes.
Sacaron adargas verdes

Y un cielo azul en que se arden
Dos manos, y el mote dice:
«En lo verde todo cabe.»
No pudo sufrir el Rey
Que á sus ojos le mostrasen
Burladas sus diligencias,
Y su pensamiento al traste;
Y mirando la cuadrilla,
Le dijo á Celin, su alcaide:
— Aquel sol yo le pondré,
Pues contra mis ojos sale. —
Azarque tira bohordos
Que se pierden por el aire,
Sin que conozca la vista
A do suben ni á do caen.
Como en ventanas comunes
Las damas particulares,
Sacan el cuerpo por verle
Las de los andamios reales.
Si se alarga ó se retira,
De mitad del vulgo sale
Un gritar: — Alá te guie; —
Y del Rey un — muera, dadle. —
Celindaja sin respeto
Al pasar, por rocíalle,
Un pomo de agua quebró,
Y el Rey gritó: — Paren, paren. —
Creyeron todos que el juego
Paraba por ser ya tarde,
Y repite el Rey celoso:
— Prendan al traidor Azarque. —
Las dos primeras cuadrillas,
Dejando cañas aparte,
Piden lanzas, y ligeros
A prender al moro salen;

«Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.»
Las otras dos resistían,
Si no les dijera Azarque:
— Aunque amor no guarda leyes,
Hoy es justo que las guarde:
Rindan lanzas mis amigos,
Mis contrarios lanzas alcen,
Y con lástima y victoria
Lloren unos y otros canten:
«Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.»
Prendieron, en fin, al moro,
Y el vulgo para librarle
En corrillos diferentes
Se divide y se reparte;
Mas como falta caudillo
Que los incite y los llame,
Deshácese los corrillos,
Y su motín se deshace:
«Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.»
Sola Celindaja grita:
— ¡Libradle, moros, libradle! —
Y de su balcón queria,
Para librarle, arrojarle:
Su madre se abraza de ella,
Diciendo: — Loca, ¿qué haces?
Muere sin dallo á entender,
Pues por tu desdicha sabes,
«Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.»
Llegó un recado del Rey,
En que manda que señale
Una casa de sus deudos,

Y que la tenga por cárcel.
Dijo Celindaja: — Dígan
Al Rey, que por no trocarle,
Escojo para prision
La memoria de mi Azarque;
«Y habrá quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.»
¡Ay Toledo, que otros días
Te llamaban los Alarbes
Venganza de alevos pechos,
Y hoy lo has sido de leales!
Murmure Tajo en sus ondas
Hasta que en el mar se lance; —
Y sin que dijese más,
La llevó presa el alcaide;
«Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.»

4.º

Azarque ausente de Ocaña
Llora, blasfema y se aflige,
Y aunque ausente y olvidado,
Poco siente, pues que vive.
Jurando está por su amor
Y por la espada que ciñe,
Do tiene en la guarnición
Cintas de aquella que sirve,
De no volver á Toledo
Hasta que del Tajo al Tiber
Sus animosas hazañas
En las mezquitas se pinten.
— ¡Celindaja de mis ojos!
¿Quién te habla? ¿Quién te escribe?

¿A quién escribes y hablas,
Que mis memorias impide?
Siendo tú de sangre real,
¿Cómo fué posible, dime,
Que tan presto quebrantases
La palabra que me diste?
Acuérdate, ¡mora ingrata!
Que paseando en tus jardines,
Por darme tu blanca mano
Que tropezabas hiciste,
Y que alzándote del suelo,
Hechas de ámbar y de almizcle,
Unas cuentas me entregaste
Porque me mostraba libre;
Y al despedirte de mí,
Dando suspiros terribles,
Me dijiste: «Ten, Azarque,
» Cuenta con que no me olvides.»
Tu Rey entró de por medio,
No supe lo que me dije:
Entró tu injusta mudanza,
Que con la luna compites;
Que si va á decir verdad,
No hay Rey humano que obligue
A que no se acuerde el alma
De la memoria en que vive.
Con él te quedaste ufana,
Sin ti muriendo me vine;
A mí me abrasan los celos,
Y él tus abrazos recibe.
Contársle por baldon,
Que pocas fiestas te hice,
Que malos motes saqué,
Porque más tu gusto estime.
Cuando diga si me amaste

Yo apostaré que le dices
Que tan infame bajeza
De tu valor no imagine,
Y que tu esquivia arrogancia
Y tu condieion terrible
Apénas la vencen reyes,
Cuanto más hombres humildes;
Porque la madre de amor,
Cuando se holgaba allá en Chipre,
Si tu consejo tomára
No la infamaran ruines;
¡El tiempo lo trueca todo!
¡Yo me acuerdo que te vide
Tan regaladora mia
Como del Rey á quien sirves! —

5.º

El eco de las razones
Que el amante Azarque habla,
Penetraron el sentido
De la bella Celindaja;
Porque á las veces amor
Es mensajero del alma,
Y más cuando el corazón
Sirve de espía doblada.
Han condenado á la mora
Y á su fe firme y sobrada,
Unas injustas sospechas,
Todas en celos fundadas,
Regidas por la pasión
De una alma enamorada,
Que hace temerarios juicios
De lo que en su pecho traza;

Y recogiendo el aljófar
Que destila por la cara,
Dice, envuelta en mil congojas,
Mil amorosas palabras:
— Bien sé, Azarque, que dirás,
A solas haciendo trazas,
Que soy luna en hermosura
Como lo soy en mudanza;
A que te responderé,
Que cuando á la luna tapa
Un nublado y la oscurece,
Es de los tiempos la causa;
Y aunque sé que el falso amo
No admite disculpa en nada,
Por satisfacer mi gusto
Quiero decir dos palabras:
Quizá que con el hablar
Apartaré de mi alma
Este fuego que la enciende,
Al cual no es bastante agua,
Si no es la de mis ojos,
Que muchas veces aplaca
La prision que á mi dolor
Da dolor y pasión causa.
Pero si el Rey te enviase
A hacer una jornada,
¿Dime si sería forzoso
Partirte sin decir nada?
Y si te es forzoso estar
En prision dura y forzada,
Y es la voluntad del Rey,
¿Por quién será quebrantada?
Y si dices que te di
Mil favores de importancia,
Y que agora te los quito

Con una ingrata mudanza;
¿Condénasme injustamente,
Por estar tan encerrada
Tu voluntad en mi pecho,
Como el corazón y entrañas!
Y cada vez que te veo
En los saraos y zambros,
Me huelgo, aunque disimulo
Con voluntad bien forzada.
Y si no quieres creer,
Pídote, Azarque, que bagas
Pruebas de mi firme amor
En cosa en que mucho vaya;
Y para más desengaño
Te he de labrar una manga
De blanco, morado y verde,
Que es el color que el Rey saca,
Con una letra que diga,
Escrita en lengua cristiana:
« Aunque está cautivo el cuerpo,
« Está firme la esperanza. »
Con esto se entró la mora
Desde el balcon á la sala,
Porque entendió que venia
El Rey adonde ella estaba
Mirando cómo su Azarque
Por la vega paseaba,
Condoliendo con su pena
A las aves, tierra y plantas.

Azarque vive en Ocaña,
Desterrado de Toledo

Por la bella Celindaja,
Una mora de Marruecos.
Pensando estaba la causa
De su llorado destierro,
Y contra su Rey celoso
Dijo rabiando de celos:
— Por alzarle con mi mora
Dijiste, Rey, en tu pueblo,
Que á los moros de la Sagra
Los pedi corona y cetro;
Que de un abuelo traidor
No puede salir buen nieto,
Y que soy en traje noble
Un genizaro pechero.
Si te place, Rey tirano,
Hagamos los dos un trueco,
Toma mi villa de Ocaña,
Y dame en Toledo un cerro,
En cuya cumbre á tu mando
Estaré con guardas preso,
Mirando cómo tus moros
Tienen á mi dama en cerco;
Que fingiendo que me aguarda,
Y que librarla no puedo,
Por lo ménos moriré,
Y vivirás por lo ménos.
¡Mal haya el amor cruel
Que flechando el arco cierto
Traspasa de un solo tiro
Vasallos y reales pechos!
Mora de los ojos míos,
Segunda vez te prometo
De rescatar con mi alma
La belleza de tu cuerpo;
Que amor que me ha dado un Rey

Por contrario en mis deseos,
Me dará fuerzas á mi
Para echarle de sus reinos.—

7.º

Azarque, indignado y fiero,
Su fuerte brazo arremanga,
Su rojo bonete arroja,
Y empuña su cimitarra.
Volantes, medallas, plumas,
Albornoz, marlota y mallas,
Banderilla, lanza, empresa,
Cañas, bohordos y adarga,
Maldice, parte, destroza,
Desmenuza, quiebra y rasga,
Hasta que el suelo cubrieron
Pedazos de seda y franjas,
Y por el aire esparcidas
Iban volando las astas
De los delgados bohordos.
De la lanza y de las cañas.
Tuvo traza de unas fiestas;
Y como de amor las trazas
Se desbaratan por celos,
Celosos las desbarata.
De Celindaja se queja,
De su fortuna se agravia,
Por Abenámar pregunta,
Y á su Rey tirano llama;
De Albayaldos el de Olías
Malamente blasfemaba,
Y pidiendo tinta y pluma
Así le escribe una carta:

«Si como damasco vistes,
Vistes jacerina y malla;
Si al campo vas tan furioso,
Como galán á las zambras;
Si como al blando Cupido,
Al terrible Marte tratas;
Si escaramuzas de véras,
Como de burlas te ensayas,
Mañana á las diez del día
Quiero verlo en la campaña.
¡Y agradéclo, Albayaldos,
Que vives hasta mañana!
Salga Zulema contigo,
Que pues los dos á mi dama
La engañastes por el Rey,
De los dos quiero venganza;
Y aún de él tomalla pretendo,
Porque el ardor de mi saña
Irá envuelto en mis suspiros
A poner fuego en su alcázar.
Mil promesas la hicisteis,
Y despues mil amenazas;
Dulces ofertas tras esto,
Y despues fuerza tirana:
Mil halagos y dulzuras,
Engaños y quejas falsas;
Y engaños y quejas viles
Vengaré sin más palabras.
¿Caballeros sois vosotros?
No sois, sino vil canalla,
Pues por afrentosos medios
Procurais vuestra privanza.
¿Qué agravio mi alma os hizo,
Que agraviais así mi alma?
¿La mora que estaba en ella

Tanto os costaba dejarla?
Si fuerza de amores vnestros
A perseguirla os forzára,
Yo, que sé que es fuerza amor,
Yo, sé que os la perdonára;
Pero por ser tercera
De fementidas entrañas
Me pagarán vuestras vidas
La muerte de mi esperanza.
¡Ay mora fácil, ay mora!
¡Y cómo en doradas cuadras
Y bien trazados jardines
Mil traidores te regalan!
¡Ay qué presto te vencieron!
¡Qué presto los gustos pasan!
¡Qué poco vale la fe,
Si quien la dió no la guarda!
¡Cuánto mejor le estuviera
A mi dicha y á tu fama
Ser nuevo ejemplo de amor
A la morisma de España!
¡Qué bien pareciera en tí
Despreciar promesas falsas!
¡Y qué bien manchar tu lecho
Con muerte y no con infamia,
Si te quitáran la vida,
Y el honor no te quitáran;
Mas ¿qué dije? Vive, amiga,
Sin honor y con mudanza,
Verás que guarda mi pecho,
Con mil agravios de guarda,
Las cenizas de tu olvido,
Y de mi querer las brasas.
Verás trocadas las suertes,
Yo quejoso y tú olvidada:

Tú finalmente mujer,
Hombre yo, que el nombre basta.
Con esto firmó su reto,
En que su combate aplaza:
A Zulema se lo envía,
Y él se apercibe á batalla.

8.º

Albayaldos el de Olías
Leyó la carta de Azarque,
Y aun apénas la hubo leído
Cuando á buscallo se parte.
Por cada letra que tiene
Jura matar un Azarque.
Tal que si Azarques llovieran
No hay hartos para que él mate.
Con la cólera que lleva
Repite parte por parte
Las palabras de la carta,
Con que añade su coraje.
—No visto damascos yo,
Ni asisto en zambros, ni bailes,
Que es de femeniles pechos,
Y el ocio repugna á Marte.
Mi vida no te agradezco,
Pues poco me importa y vale;
Mas pues al mundo le importa,
Todo el mundo te lo pague,
Si es que se puede pagar
Vida que quita millares
De vidas á los cristianos,
Porque vivas tú en solaces.
No tiro bohordos yo,

Sino lanzas penetrantes,
Con que he horadado más pechos
Que piedras tienen las calles.
No voy á juegos de cañas,
Cual tú celoso rumiaste,
Ni por celos disminuyo
El bonete y los plumajes,
Albornoz, marlota, galas,
Medallas, manga y volante:
Muy furioso hiendo y quiebro
En las enemigas haces
Petos, y yelmos, y grevas,
Lanzas, y picas, y alfanjes:
Ni trato al tierno Cupido,
Que el amor es intratable,
Pues en pechos valerosos
Siempre predomina Marte:
Ni yo amenacé á tu dama,
Ni jamás la envié mensaje;
Que es vileza amenazar
A quien no puede vengarse.
Ni yo la solicité
Por con el Rey congraciarme,
Pues me congracio con él
Sirviéndole con mi alfanje:
Ni yo le conquisto damas,
Sino reinos y ciudades;
Pues yo nunca me he preciado
De razones elegantes,
Porque nunca son curiosos
Los varones militares.
A las diez del día dices
Que contra mí al campo sales;
¡Pésame, porque me alargas
Tanto el plazo de matarte!

Pero no verás el día
De las partes orientales,
Porque aquesta noche pienso
De tus palabras vengarme.
Estas jactancias que dices,
Para mí muy poco valen,
Porque siempre son soberbios
Los que cual tú son cobardes.
Desafías á Zulema,
Sabiendo bien, como sabes,
Que una vez que te agravió
No pudiste de él vengarte.
Dices, moro, que el alcázar
Con tus suspiros abrasas;
Mas, palabras y suspiros
Cosas son que lleva el aire.—
Esto entre sí iba diciendo
Albayaldos contra Azarque,
Picando el caballo aprisa
Con deseo de encontrarle.

9.º

El valiente moro Azarque,
Preso en la fuerza de Ocaña,
No por traidor á su Rey,
Mas por leal á su dama,
A Toledo le traían;
Que los jueces de su causa,
Que son unos recios celos,
Dicen que muera quien mata.
Ya por el aire relumbran
Las cien banderillas blancas
De los jinetes que el moro

Tenia y trae para guarda.
Otros ciento le reciben,
Que vienen haciendo plaza,
Y guiando para donde
Manda el Rey que preso vaya.
Entrando por la ciudad,
Los graves ojos levanta
A las temidas paredes
De su respetada casa:
Grandes gritos suenan dentro,
Que en ellas presos estaban
Sus amigos y sus deudos
De Toledo y de la Sagra.
Azarque dió una gran voz,
Diciendo: — Abrid las ventanas
Los que me llorais, y oidme.—
Abrieron, y así les habla:
— La vida de mis mayores,
Que representa mi estatua,
Mis proezas, por quien ciño
Corona de roble y palma,
Acaballas pudo amor,
Que lo más eterno acaba,
Que el tiempo ni la fortuna
Jamás osaron mirallas.
Importaba á su nobleza
Que de mi sangre las manchas
Estos umbrales tifieran,
No del tablado las gradas.
Llorad esto solamente,
Porque á cargo de la fama
Está el darme eterna vida
Con su trompa y con sus alas.
¡Paredes, deudos y amigos,
Cupo en vos dureza tanta!

¿No hay una herbolada flecha
Para estorbar esta infamia?
¿A las manos de un verdugo
Quereis que mi vida vaya?
¿A las vuestras no muriera
Sin pregonos más honrada?
¿Cómo es que no me entendéis?...—
En esto los de la guarda
Hicieron andar la yegua
Y al pregonero avisaban
Gritase: «Esta es la justicia
Que nuestro rey hacer manda
Al moro Azarque, traidor
Contra su corona sacra.»
—¿Corona llamais al gusto,
Dijo Azarque, de que ataja
Con mi muerte cierto fuego
Que quiso abrasalle el alma?
Por hacer lisonja al Rey,
¿Tanto puede una mudanza!
Celindaja en su balcon
Exenta y risueña estaba.
¡Oh firmezas femeniles,
Qué pocas fuerzas que bastan
A mellar vuestros aceros
Y á batir vuestras murallas!
Viola Azarque, y al sargento
Dijo: —Solos dos palabras
Tengo yo que hablar aquí;
No me niegues esta gracia.
— Dos, y mil podrás, le dice,
Que pues no huye la cara,
A tu muerte y á tu afrenta
Holgaráse de escuchallas.
— En mi prision, dijo el moro

Mi corazon me mostraba
En tu presencia el olvido,
Que es fe de mujeres varias.
Dobló tu firmeza al fin
Una corona pesada,
Con la cual en tus flaquezas
Reinas siendo vil vasalla.
El sol azul que saqué
En mi cielo de esperanza,
Tu pecho eclipsarle pudo,
Que es tierra que el Rey levanta.
Del chapitel de tus glorias,
Cumbre peligrosa y vana,
Hasta el centro de tus penas
Soberbiamente me lanzas:
Azarque soy, no es posible,
Pues tanto el tiempo me agravia,
Que á los flacos haga duelo,
Y á los valientes venganza.—
En esto, de entre la gente,
Sin que lo vieran, disparan
A Celindaja una flecha,
Justa pero mal tirada:
Clavada está en el balcon
Hasta la mitad de su asta,
En la cual iba esta letra:
«Otra para el Rey se guarda.»
Viva Azarque, grita el vulgo,
Muera el Rey y Celindaja;
Y fué tan grande el ruido,
Que dió el eco en el alcázar.
Celindaja dijo al Rey:
— Del pueblo indignado aplaca
La insolencia, no permitas
Que á tí se vuelvan sus armas.—

Porfia el Rey en que muera ;
La popular furia mata
A los guardas, libra el preso,
Y á quien le ofende amenaza ;
Celindaja y el Rey huyen,
Azarque á Ollas se pasa,
Y amor de todos se rie,
Que sus paces son batallas.

ALBENZAIDE.

Con amarillas divisas,
Azar de fortuna avara,
Y desesperada empresa
De ausencia desesperada ;
Descubiertas sus pasiones,
Y al brazo izquierdo la adarga,
Y en ella de Amor y Marte
Una reñida batalla,
Que sobre partir un moro
Dudosamente se trava ;
Pero llevan por despojos,
Marte el cuerpo, Amor el alma,
Y por divisa esta letra :
« Sepa aquesto Galiana »
Por la deleitosa vega,
Del rey de Toledo Audalla,
Por cuyos llanos extiende
Tajo sus ondas doradas,
Albenzaide, capitán,
Vencedor famoso en armas,
Y solo de sí vencido
Porque el alma es tributaria,

Junto á los palacios ricos
De aquella mora gallarda,
Que ha Galiana por nombre,
Y es de amor belleza y gala,
Haciendo penoso alarde
De los tormentos que pasa,
En una alazana yegua
Pasea la vega llana.
A tomar va la licencia
Y bendicion de su dama,
Que el Rey le envia al socorro
De su dendo el de Granada,
Que le tiene en gran aprieto
El de la mano horadada.
Mándale luego partir ;
Mas dice Amor que no parta ;
Que suele hacer en amores
La ausencia burlas pesadas,
Y por madrastra la siente
Quien mejor de ausencia escapa ;
Pero todo lo atropella
Temor de cobarde fama,
Y la honra le hace fuerza,
Que ya es honra la desgracia.
Ve á su Galiana puesta
Albenzaide á la ventana,
Cogiendo el delgado viento
Que ondea en las frescas aguas.
Salúdanse con los ojos,
Y encuéntranse con las almas :
Hácela el moro mesura,
Y Galiana se la paga.
El mirar sirve de lengua,
Que la lengua está vedada,
Y aunque el moro hablar quisiera,

La plática amor baraja;
Que en sus pasiones no hay vado
Y anégause las palabras,
Y así mueren en su pecho
Mil razones mal logradas;
Mas ya de esta despedida
Hizo el oficio una carta,
Y un lastimoso papel
Que dió el moro á su criada,
Que está puesta en el balcon
Que al lado tiene la casa.
Llégase Albenzaide á ella,
Y el adarga en alto alza:
Muéstrale la empresa y mote,
Y con lágrimas la encarga
Que pues la partida sabe,
Sepa aquesto Galiana:
La mora se lo promete,
Y tambien ser su abogada,
Y agradecido de aquesto
Aquel capitan de ansias
Hacia Toledo se vuelve,
Vuelve á su bien las espaldas,
Y vueltas, la vega mira
Do sus pensamientos pasa.
Maldiciendo va de honra
La obligacion y las cargas:
De tener cargas se queja,
De ser capitan se agravia,
Pues por el sueldo de un Rey
Pierde el de su esperanza.

SARRACINO Y GALIANA.

1.º

Galiana está en Toledo
Labrando una rica manga
Para el fuerte Sarracino,
Que por ella juega cañas.
Matizaba por divisa,
Con seda amarilla y parda,
Empresa que lleva el moro
En el campo de la adarga,
Una flecha de Cupido,
Que en su pedernal tocaba,
Sacando muchas centellas,
Y por letra: «Pocas bastan.»
Estaba á su lado izquierdo
Una cautiva cristiana,
Llorando memorias vivas
Entre muertas esperanzas:
Galiana la pregunta
Del llanto la triste causa,
Y los ojos en la flecha
La responde: — Pocas bastan. —
Libertad tuve algun día;
Mas fué libertad de dama,
Pedernal algunas veces,
Y otras veces cera blanda.
En este tiempo que digo,
Me quiso más que á su alma,
Un cristiano caballero
De los de la cruz de grana:
Hiceme sorda á sus quejas;
Mas fué su porfia tanta,

La plática amor baraja;
Que en sus pasiones no hay vado
Y anégause las palabras,
Y así mueren en su pecho
Mil razones mal logradas;
Mas ya de esta despedida
Hizo el oficio una carta,
Y un lastimoso papel
Que dió el moro á su criada,
Que está puesta en el balcon
Que al lado tiene la casa.
Llégase Albenzaide á ella,
Y el adarga en alto alza:
Muéstrale la empresa y mote,
Y con lágrimas la encarga
Que pues la partida sabe,
Sepa aquesto Galiana:
La mora se lo promete,
Y tambien ser su abogada,
Y agradecido de aquesto
Aquel capitan de ansias
Hacia Toledo se vuelve,
Vuelve á su bien las espaldas,
Y vueltas, la vega mira
Do sus pensamientos pasa.
Maldiciendo va de honra
La obligacion y las cargas:
De tener cargas se queja,
De ser capitan se agravia,
Pues por el sueldo de un Rey
Pierde el de su esperanza.

SARRACINO Y GALIANA.

1.º

Galiana está en Toledo
Labrando una rica manga
Para el fuerte Sarracino,
Que por ella juega cañas.
Matizaba por divisa,
Con seda amarilla y parda,
Empresa que lleva el moro
En el campo de la adarga,
Una flecha de Cupido,
Que en su pedernal tocaba,
Sacando muchas centellas,
Y por letra: «Pocas bastan.»
Estaba á su lado izquierdo
Una cautiva cristiana,
Llorando memorias vivas
Entre muertas esperanzas:
Galiana la pregunta
Del llanto la triste causa,
Y los ojos en la flecha
La responde: — Pocas bastan. —
Libertad tuve algun día;
Mas fué libertad de dama,
Pedernal algunas veces,
Y otras veces cera blanda.
En este tiempo que digo,
Me quiso más que á su alma,
Un cristiano caballero
De los de la cruz de grana:
Hiceme sorda á sus quejas;
Mas fué su porfia tanta,

Que vino á sacar centellas
De una piedra dura, helada.
Apénas le quise bien
Cuando fortuna voltaria
Hizo que la muerte dura
Probáse en el su guadafia.
Murió por ser cosa mia,
Entrá mil moriscas lanzas,
Quedando yo prisionera
De tu pariente Abenámar.
En mi alma el monumento
De sus cenizas se guarda,
Y la memoria importuna
De cenizas fuego saca.
Así te dé Dios ventura,
Señora, en eso que labras,
Que mires por tus deseos,
Que son traidores de casa,
Y que dejes que mi llanto
Aprieta del pecho salga.
Que aunque ves que lloro mucho,
Mucho que llorar me falta.

2.º

En el cuarto de Comares,
La hermosa Galiana,
Con estudio y gran destreza
Labraba una rica manga
Para el fuerte Sarracino,
Que por ella juega cañas:
La manga es de tal valor,
Que precio no se le hallaba.
De alfójar y perlas finas

La manga iba esmaltada
Con muchos recamos de oro
Y lazos años de plata;
De esmeraldas y rubies
Por todas partes sembrada.
Muy contento vive el moro
Con el favor de tal dama;
La tiene en el corazon,
Y la adora con el alma:
Si el moro mucho la quiere,
Ella mucho más le ama.
Sarracino lo merece,
Por ser de linaje y fama,
Y no lo hay de más esfuerzo
En el reino de Granada.
Pues si el moro es de tal suerte,
Bien merece á Galiana,
Que era la mora más bella
Que en muchas partes se hallaba.
Muchos moros la sirvieron,
Nadie pudo conquistarla,
Sino el fuerte Sarracino,
Que ella dél se enamorára,
Y por los amores dél
Dejáa los de Abenámar.
Contentos viven los dos
Con colmadas esperanzas,
Que se casarán muy presto
Con regocijo y con zambra,
Porque entiende el Rey en ello,
Y tiene ya la palabra
Del alcaide de Almería,
Que es padre de Galiana,
Y así en Granada se dice
Que se casarán sin falta.

3.º

Aquel firme y fuerte muro
En defensa de su patria,
Y bravo y fiero león
Contra la nación cristiana;
El que dió tantos asaltos,
Y escaló tantas murallas;
Al que teme todo el mundo
Por su fuerte brazo y lanza;
El que las mezquitas pobres
Tiene ricas, y adornadas
De victoriosos trofeos,
Memoria de sus hazañas,
Y el que enjaeza el caballo
De las cabezas de fama,
Y el más que todos querido,
Y servido de las damas,
Y á quien le dan sus favores
En los saraos y zambras,
Y á quien todas le presentan
Para los juegos de cañas,
Ricas mangas y almizares,
Y divisa de su adarga,
Y el más bienquisto en la corte
De Almanzor, rey de Granada;
Es el fuerte Sarracino,
Que estando malo en la cama,
A su cabecera tiene
La flor de belleza y gala,
Que es una graciosa mora,
Que Celia ó cielo se llama;
Que más el nombre de cielo

Que no el de Celia le cuadra,
A quien tiene el dios Cupido
Cuenta de pagarle párias,
Y así su mal es ninguno,
Pues con tanto bien se paga;
Y todos juzgan por gloria
El mal que en la cama pasa,
Y aquel que más salud tiene,
Trocára de buena gana
Con su larga enfermedad
Aunque nunca se acabára;
Pero á él no le satisface,
Ni para alegrarle basta,
Y es porque el moro estaba ausente
De su hermosa Galiana,
Y con suspiros le dice:
— ¡Gloria y amor de mi alma!
¿Dónde estás que no te veo,
Dulce bien, dulce esperanza
Del corazón que te adora,
Y que tú propia traspasas?
Muy presto será mi muerte,
Si tú en visitarme tardas:
No hagas hechos de fiera,
Pues tienes de ángel la cara,
Pues tú con tu hermosa vista
Resucitas á quien matas. —
Y en esto diciendo, el moro
Pide con mortales ansias
Que le den tinta y papel
Para escribirle una carta.

ZAIDA LA DE TOLEDO.

1.º

Por las riberas del Tajo,
Donde más su curso extiende,
Junto á la ciudad famosa
Que por su muro lo tiene,
Un Bencerraje gallardo,
A quien el amor ofende,
Al tiempo que está en su gloria,
Y en la mayor que dar puede,
En un overo que al viento
En la ligereza excede,
Camina el moro vestido
De morado, azul y verde.
Va á las fiestas que en Ocaña
Un moro de los Gomeles
Hace por servir á Aja,
Que ya por esposa tiene.
De cinco escuadras de cañas
Que ha ordenado el moro alegre,
Una encargó al Bencerraje,
Mozo de años dos y veinte;
Que aunque es tan mozo, una lanza
Tan bien con el brazo mueve
Como una liviana caña
Que ligera el aire hiende.
— ¡Oh cielos, dice, pluguiera
A Alá que los alquiceles
A mí y á un moro traidor
Trocara en armas la suerte!
¿Cómo podré jugar cañas
Con un falso que se atreve

A turbar la dulce gloria
Que tan bien mi fe merece?
¿Cómo, señora, de esta alma
Crédito das al que miente,
Agraviando mi fe pura,
Que á sólo tu gusto atiende?
Yo jamás he publicado
Que en nada me favoreces,
Y siempre guardé el secreto
Que á tu mucho amor se debe.
No será posible, Zaida,
Que descubra eternamente
La secreta gloria mía:
Ruego á amor que me la niegue,
Y que jamás, bella mora,
Me muestres tu rostro alegre,
Y entre lanzas enemigas
Me den afrentosa muerte,
Y que del todo olvidada,
De saberla no te pese.
Si la fe que te he jurado,
Mora mía, no cumpliere;
Y la cifra de mi adarga
Esta declaración pruebe,
Pues va sembrada sobre aguas,
Qual ves, de pequeños peces,
Que jamás sonido alguno
Con la lengua formar pueden;
Y si no fuere más mudo,
Mude amor mi alegre suerte,
Y castigue el cielo santo
Una lengua que me vende,
Pues yo el morir le dilato
Por tu amor que me detiene;
Que á no estar él de por medio

No tirára caña leve,
Sino lanza que pasára
El pecho de quien me ofende.—

2.º

En un dorado balcón,
Cuya fuerte y alta casa,
Quebrando manso las olas
Toca el Tajo con sus agnas,
Hecha cuidadosos ojos
Estaba la hermosa Zaida,
Tendiendo su atenta vista
Por el camino de Ocaña.
Con el cuidado que nace
De una amorosa esperanza,
Mira por si acaso viese
Un Bencerraje á quien ama.
A cada bulto que asoma,
La atenta vista repara,
Porque todos le parecen
El Bencerraje que aguarda.
De léjos algunas veces
Le llena de gloria el alma,
Lo que llegado más cerca
Le entristece y desengaña.
— ¡ Ay mi Bencerraje, dice,
Si anteayer me viste airada,
Ya mis ojos me disculpan,
Que con lágrimas me bañan !
Arrepentida las vierto
De imaginar que á mi causa
Fuiste el más triste y gallardo
De cuantos jugaron cañas :

Aunque estaba, si lo adviertes,
Con justa causa agraviada,
Pues vi de enemiga lengua
Desdorar mi honesta fama.
Si tú no diste ocasion,
Perdona á tu humilde Zaida,
Y si por tuya la tienes,
No te pese que sea honrada.
A ley de bueno, el secreto
Debido á mi estado guarda,
Pues no faltará la fe
De esta mora que te ama.—
Dice, y vió que el Bencerraje
Gallardo á su puerta llama,
Y ligera baja á darle
Brazos, cuello, pecho y alma.

3.º

El Bencerraje que á Zaida
Entregada el alma tiene,
En sus colores publica
Que de su luz vive ausente.
De leonado viste el moro,
Porque su fe no consiente
Que alma ni cuerpo en ausencia
Vista colores alegres.
Con blanca y leonada toca
Aprieta un rojo bonete,
Y en él con tres plumas negras
Cubre moradas y verdes.
En las moradas publica
Su fe, que no desfallece,
Por más que la ausencia triste

Su fiero rigor aumente.
Por las verdes vive el moro
Quando más su pasión crece,
Porque se las dió su Zaida
Para que en ausencia espere;
Mas quien gozó alegre estado
Qual él le gozó presente,
Es bien que con luto cubra
Memorias de ausentes bienes.
En un hermoso caballo,
Que lo blanco hurtó á la nieve,
Solo, aunque no de pasiones,
Pasea el moro valiente.
No le llega el acicate
Para que brioso huelle,
Porque aun en esto procura
Su mucha pasión se muestre.
Llegado el moro al balcón,
Donde á su dama ver suele,
Viéndose tan lejos de ella
Nuevo dolor le enternece.
— ¡Ay balcones venturosos,
Que fuisteis mi cielo alegre,
Y por mi corta ventura
Ya sois desiertas paredes!
No estéis ufanos y altivos,
Aunque dorados y fuertes,
Que una humilde casería
En la ventura os excede.
En ella mi Zaida hermosa
A su placer se entretiene,
Obligada de su honor,
De sus padres y parientes.
Si tú quisieras, ¡oh Zaida!
Trocado hubiera, por verte,

Esta ciudad, y mi casa
Por sólo un pajizo albergue,
Que su humildad y pobreza
Tuviera por rica suerte,
Como fuera en el lugar
Que con tu gloria enriqueces.
Mándasme que ausente viva,
Y es dar licencia á la muerte
Que la mal hilada estambre
De mi corta vida quiebre. —
Esto dijo el Bencerraje,
Y amor, que le favorece,
En céfiro se trasforma
Que blando sus plumas mueve;
Pero muévelas de forma
Que las hace que se truequen,
Y las negras no parezcan,
Viéndose claras las verdes.
Atento lo mira el moro,
Y en aquel prodigio advierte
Que será desconocido
Si al cielo no lo agradece.
Las plumas negras arranca,
Verdes y moradas quiere,
Las negras entrega al viento
Que las esparza y las lleve.
Creció su soplo, y ligero
Con mil regates revuelve,
Hasta hacer que las plumas
En casa de Zaida se entren.
Viólo, y satisfecho el moro,
Dijo :— Así es justo se ordene,
Que pues mi ausencia te alcanza,
Parte de mi luto lleves. —

BRAGONEL, DE ZARAGOZA.

1.º

Bravonel de Zaragoza
Al rey Marsilio demanda
Licencia para partirse
Con el de Castilla á Francia.
Trataba amores el moro
Con la hermosa Guadálara,
Camarera de la Reina,
Y del Rey querida ingrata.
Bravonel, por despedida
Y en servicio de su dama,
Hizo alarde de su gente
Un martes por la mañana.
Alegre amanece el día,
Y el sol mostrando su cara
Madrugaba para verse
En los hierros de las lanzas.
Llevaba su compañía
Marlotas de azul y grana,
Morados caparazones,
Yeguas blancas alheñadas.
Por el Coso van pasando
Donde los reyes aguardan:
Colgada estaba la calle,
Y la esperanza colgada:
Aguardaba todo el vulgo
A Bravonel y á su gala,
Y la Reina, con ser Reina,
A todo el vulgo acompaña.
Ya pasa el moro valiente,
Ya las voluntades pasan;

¡Mas muchas se van con él,
Que no es posible parallas!
No lleva plumas el moro,
Que como de véras ama,
Juró de no componerse
De plumas y de palabras.
En la adarga berberisca
Con su divisa pintada,
Tan discreta como el dueño,
Y como el dueño mirada,
Lleva una Muerte partida,
Que juntarse procuraba,
Con un letrado que dice:
«No podrás hasta que parta.»
Delante del real balcon
Hasta el arzon se inclinaba;
Hace á las damas mesura,
Levantándose han las damas;
Pero no lo pudo hacer
La hermosa Guadálara,
Que el grave peso de amor
Por momentos la desmaya.
Suplicó la Reina al Rey
Que hubiese á la noche zambra,
Y el Rey por dalle contento
Dice que mande aplazalla.
Toda la gente se alegra;
Llorando está Guadálara,
Pues es martes, y hace sol,
Cierta señal de mudanza.

2.º

Avisaron á los Reyes
Que ya las nueve eran dadas,

Y que Bravonel pedía
Licencia para su zambra.
Juntos salieron á verla,
Aunque apartadas las almas;
Bravonel tiene la una,
Y la otra Guadalajara.
De la cuadra de la Reina
Iban saliendo las damas,
Guadalajara viene en medio
De Adalifa y Celindaja,
Dos moras que en hermosura
A todas hacen ventaja,
Y tambien en las desdichas
De aficiones encontradas.
De morado, azul y verde
Está la sala colgada,
Las alfombras eran verdes
Porque llenen esperanza.
A cierta seña tras esto
Se oyeron á cada banda
Concordados instrumentos
Y penas desconcertadas.
Bravonel entró el primero,
Y dando á entender que guarda
Amor, secreto y firmeza,
Esta divisa sacaba:
Un potro de dar tormento
Entre coronas y palmas,
Con una letra que dice:
«Todas son para el que calla.»
Azarque, primo del Rey,
Muy azar con Celindaja,
Abriendo puerta al rigor
De sus encubiertas ansias,
Traía en un cielo azul

Una cometa bordada,
Y esta letra entre sus rayos:
«Cometa celos quien ama.»
Zafiro por Adalifa,
Un tiempo su apasionada,
Mostró con esta divisa
De sus tormentos la causa:
Una viuda tortolilla
En seco ramo sentada,
Y un mote que dice así: -
«Tal me puso una mudanza!»
Guadalajara y Bravonel
Tiernamente se miraban,
Que cansados de penar,
De disimular se cansan.
Mucho se ofenden los Reyes
Y mucho el amor se ensalza.
En ver que allanan sus flechas
A las majestades altas.
Azarque y Zafiro hubieron
Sobre no sé qué, palabras....
Si, lo supe; celos fueron
De Adalifa y Celindaja:
Pierden al Rey el respeto,
Paró la fiesta en desgracia,
Que entre celos y sospechas
No hay danzas sino de espadas.

3.º

Después que en el mártir triste
Mostró alegre el sol la cara,
Tiene la suya cubierta
La hermosa Guadalajara.

No quiere ver ni ser vista
 Despues que Bravonel falta,
 Ni mostrar el rostro alegre,
 Porque tiene triste el alma.
 Mucho siente el acordarse
 De la noche de la zambra,
 Fin de toda su alegría
 Y principio de sus ansias;
 Acuérdate de la empresa
 Que su Bravonel llevaba,
 Y suspirando decia:
 «¡Todas son para el que calla!»
 Procura encubrir su pena,
 No quiere comunicalla,
 Porque no pierda la fuerza
 El dolor que el alma pasa:
 No advierte cuán mal se encubre
 El fuego que el alma abrasa,
 Porque el fuego ha de salir
 Por los ojos del que calla.
 Crecen celos y sospechas,
 Y con ausencia tan larga,
 Está cierta de que quiere,
 Dudosa si es olvidada.
 Pasados bienes la afligen,
 Presentes males la cansan;
 Esperanzas la entretienen,
 Desconfianzas la acaban.
 Dobra el llanto porque el Rey
 Mandó á los guarda-damas
 Que no consientan que escriba
 A Bravonel Guadalará,
 Creyendo que larga ausencia
 Causará en ella mudanza,
 Y que así le vendría á ser

Agradecida su ingrata.
 Para alivio de su pena,
 No pudiendo escribir carta,
 Pensando en su Bravonel,
 Pidió ella una rica almohada.
 Sobre un tafetan leonado,
 Color que á tristes agrada,
 Mostrando firmeza y pena,
 Una alta peña labrada,
 Desde donde nace un rio
 Que un prado marchito baña,
 Y en lengua mora esta letra:
 «Mny mayor es Guadalará.»
 Con esto pasa la vida,
 Que es la muerte desastrada,
 Hasta ver á Bravonel,
 Que es de sus penas la causa.

4.º

Alojó su compañía
 En Tudela de Navarra,
 Bravonel de Zaragoza,
 Que va caminando á Francia.
 Con sus mansas ondas Ebro
 Parecía que llamaba
 A la esquina de un jardín,
 Frontero de su ventana.
 El moro fingió que son
 Amigos que le avisaban,
 Que pasan á Zaragoza
 Y que vea si algo manda.
 —¡Amadas ondas! las dice,
 De vosotras fio el alma,

Y estas lágrimas os fio;
Si no son muchas, llevadlas.
Pasais por junto á un balcon
Hecho de verjas doradas,
Que tiene por celosias
Clavellinas y albahacas:
Allí me cumple que todas
Gritando mostrais las ansias
De este capitan de agravios
Que va caminando á Francia.
Y si por dicha saliere
A miraros Guadalará,
Procurad que entre vosotras
Vea mis lágrimas caras....
Mal he dicho; no las vea,
Que me corro de llorarlas,
Y de que en mi pecho duro
Cupiesen tiernas entrañas.
El bravo me llama el vulgo,
No se desmienta mi fama:
Afuera enredos de amor,
Que me embarazais las armas.
Tras esto oyó que á marchar
Tafien trompetas bastardas,
Y que aguardan sus jinetes,
Le dijo un cabo de escuadra:
Quitó la partida Muerte,
Divisa agorera y mala,
Y en su bandera ponía,
Adivinando bonanza,
Encima de un nuevo mundo
Con grande vuelta una espada,
Y en árabeto una letra:
«Para la vuelta de Francia.»
Alegróse Bravonel

Y en un overo cabalga,
Diciendo: — ¡Para la vuelta
No es un mundo mucha paga! —

5.º

Bravonel de Zaragoza,
Y este moro de Villalba,
Hijo de Celín Gomel,
Aquel que fuera de España
Dió muestra de su persona
Contra la enemiga espada,
Traen los dos competencia
Por la mora bella Zaida,
Hija del gran Alfaquí,
Consiller del rey Audalla,
El que en cosas de la guerra
Tiene su voto en Granada:
Sin esto, el mayor alcaide
Del Jarife que está en guardia
Gobernando el señorío
Y reino de Lusitania.
Para conseguir su empresa
Bravonel, luego despacha
Con un moro su criado
A Zaragoza una carta,
A pretender que su padre
Le responda á su demanda.
Fuéle contraria fortuna,
Y fué su suerte contraria,
Pues su padre le responde
Muy fuera de lo que él anda;
Y así, aunque es moro gallardo,
Desiste de la demanda,

Mas no de rendir contino
A Celinda vida y alma.
El de Villalba se parte,
Llevando á la bella Zaida
Retratada en un papel
E impresa dentro en el alma:
Y aunque de partirse triste,
Alegre, pues la esperanza,
Que es mensajera del tiempo,
Y espera traerá bonanza.
Del Océano las olas
Rompe para irse á su patria,
Y el aire con mil suspiros
Sacados de allá del alma;
Y para se consolar
Mira el retrato y le habla,
Dice: — ¡Trasunto de aquella
Mora que enamora y mata
Mil apasionados pechos,
Y al mismo amor avasalla;
Alá permita, señora,
Que sea mi suerte tan alta,
Que pueda nombrarme tuyo
En los saraos y zambra! —
Con esto se parte el moro,
Y queda la bella Zaida
Neutral entre ambas partes,
Tan altiva cuanto dama.

A las sombras de un laurel,
Junto de una fuente clara,
Do vertia sus cristales

En una negra pizarra:
En las riberas famosas
Que el agua del Ebro baña,
Y en un jardín do tenía
El rey Marsillo á sus damas;
Con pluma, tinta y papel
Sentada está Guadalupe,
Escribiendo sus pasiones
A quien de ellas es la causa.
En arábigo le escribe,
Y aljofarando su cara,
A cada letra que pone
Parece que se desmaya.
Soltó la pluma en el suelo,
Papel y tinta, turbada,
Y turbado el pensamiento
Acude aprisa á la playa,
Como aquella que adivina
Que de su moro las aguas
Alegre nueva le traen,
Con que alegra tanto el alma.
El río, contra costumbre,
Y las aguas luego paran,
Mostrando que Bravonel
En ellas está, y no habla.
Mira la mora el misterio
De las aguas, y descansa:
— ¡Amadas ondas, les dico,
Del corazon y del alma!
Aunque mudas por las señas
Me descubris á la clara,
Que visteis á Bravonel
En Tudela de Navarra.
¿Decísme que quedó triste?
¡ Más triste quedó mi alma,

Pues de día no reposa,
Y de noche no descansa;
Que el martes cuando partió
Salió el sol con tal pujanza,
Diferente á las divisas
Que mi Bravonel llevaba! —
En esto llegó la Reina
Y el Rey, con todas sus damas,
Y viendo en tierra un papel,
Para alcanzarlo se abaja.
Leyóle el Rey para sí,
Y en leyéndole, le rasga,
Porque no digan las gentes
Que es de alguna de sus damas.
Al ruido de los Reyes
Dejó el río Guadalajara,
Mas no pudo ser tan bien
Que el Rey no la sintió, y calla.

7.º

Con valerosos despojos
Del valor que tuvo en Francia
Su gallardo y fuerte brazo,
En Tudela de Navarra
Entra bravo Bravonel,
Alegre de su esperanza,
Y él mismo lleva la nueva
De la sangrienta batalla.
Albricias en Zaragoza
Entra pidiendo á su dama,
De quien está tan pagado
Que el verla tiene por paga;
Y puesto junto á un balcon,

Hecho de verjas de plata,
Sólo por los ojos negros
Reconoce á Guadalajara;
Porque todos de un metal
Le parecen á quien ama,
El fino oro los cabellos,
Lo blanco plata cendrada.
Miraba el vestido verde,
Y las mejillas miraba,
Y el moro finge que son
Clavellinas y albahacas.
Las clavellinas le encienden,
La albahaca le desmaya,
Que es de natura en amor
Una esperanza muy alta.
Suspense está Bravonel,
Guadalajara muda estaba,
Aunque los ojos de entrambos
Con lenguas de amor se hablan.

HOMAR LUSITANO.

El gallardo moro Homar,
Que en Africa residia,
Ilustre en sangre y nobleza,
Y aunque villano en la dicha,
No en villanas pretensiones.
Puesto que amaba y servia
Con vida, hacienda y persona
A la bella mora Ziza,
A quien el incauto moro
Muy muchas veces decia
Que allá en la fuente de Almeida

Vaya para hablarle un día.
A esto responde la mora :
— ¡Ay Homar de mi alma y vida !
¿Cómo me mandas que vaya
A ser dos veces cautiva,
Una de ti, y luego otra
De ese capitán de Arcilla,
A quien no se escapa moro
Ni mora que no cautiva,
Porque es Marte en el valor
Y Ulises en maestrias ! —
La mora cumple su ruego
Después de larga porfía ;
Pero aún no hubo bien llegado
Do su muerte está vecina,
Cuando salió el lusitano
De do emboscado yacía,
Y cautivando la mora
Se va la vuelta de Arcilla.
El sarraceno, que vió
Cautivo el bien de su vida,
Al capitán, humillado,
Con humilde voz decía :
— ¡ Suplicote, si algún tiempo
Tuviste en amor desdicha,
Permitas que pueda hablar
Con la que llevas cautiva. —
Concedida la licencia,
El moro así habla á Ziza :
— Yo te juro, dulce esposa,
Por Pluton y Proserpina,
De librarte, ó morir antes
De media luna cumplida. —
La mora, triste y llorosa,
Al gallardo moro mira,

Diciéndole : — Ya es tarde
Para seguir tu porfía,
Y pues tan tarde viniste,
Vuelve, moro, á tu alcaldía,
Y procura guardar
Mejor que guardaste á Ziza. —
Corrido y avergonzado
El moro se alzó en la silla,
Y cubierto de su adarga
Arremete en balde, aprisa,
Contra la segura gente,
Mas allí perdió la vida.
La desconsolada mora,
Junto del cuerpo tendida
De su mal logrado amante,
Con triste canto decía :
— Rompa mi blanco pecho
Este puñal agudo,
Pues mi desdicha pudo
Sacarme á tal lugar, y á mi despecho.
Es bien que le acompañe
En triste sepultura,
El mío sin ventura,
Y que la tierra con mi sangre bañe.
Sirva de aviso eterno
Este mi triste amor y desvario,
Que si será, y yo fio,
Mientras hubiere estío y frío invierno.
Arranquen mis entrañas
Las aves carniceras,
También las bestias fieras
Naturales y extrañas,
Quedando sólo el nombre
De los dos que murieron ;
Porque bien se quisieron,

Dignos de eterna fama y de renombre,
 Pesaroso el capitán
 Por ver la presa perdida,
 Se recogió con su gente
 Para su fuerza de Arcilla.
 Y porque en memoria fuese,
 Puso en mármol esculpida
 Esta lamentable historia
 Del moro Homar y de Ziza.

MOSTAFÁ,

Sembrados de medias lunas
 Capellar, marlota y manga,
 Y de perlas el bonete,
 Con plumas verdes y blancas,
 El gallardo Mostafá
 Se parte rotapiendo el alba,
 Adonde la armada fuerte
 De su Rey le espera y llama;
 «Y de la mar las trompetas,
 »Chirimías, pitos, flautas,
 »Anafiles, sacabuches,
 »Le hacen la seña y la salva.»
 Cabalga el bizarro turco
 A la brida y la bastarda,
 En un caballo más blanco
 Que la blanca nieve helada.
 Ligero, brioso y fuerte,
 Con unas eses por marcas,
 Que hasta en el caballo quiere
 Mostrar su fe limpia y casta.
 Pártese el bizarro turco

A la conquista de Malta,
 Y á otra mayor conquista
 Que tiene en su pecho y alma;
 «Y de la mar las trompetas,
 »Chirimías, pitos, flautas,
 »En voz formada le dicen:
 »General, embarca, embarca.»
 Responde el amor por él:
 — ¿A do, fortuna, me llamas?
 ¿Quieres te busque en el mar,
 Pues en la tierra me faltas?
 ¿Piensas que de la mar pueden
 La multitud de las aguas
 Aplacar la mayor parte
 De este fuego que me abrasa? —
 Y con este sentimiento
 Por delante el balcón pasa,
 A do le amanece el día
 A la noche de sus ansias;
 Y reparándose todas,
 Viendo presente la causa,
 Dispuesto á darle favores,
 Que ya de desden se cansa:
 — Hermosa Zaida, la dice,
 Si mi presencia te enfada,
 Dame una prenda á tu gusto
 Con la licencia que parta.
 — De tu partida me pesa,
 Le responde, pero basta
 Con que lleves esta prenda
 De aquestas manos labrada. —
 En los estribos el moro,
 Del capellar en la manga
 Las dulces prendas recoge
 De la que le prende y mata.

Descubre un lienzo labrado
De oro fino y seda parda,
Con la rueda de fortuna
A lo vivo dibujada;
«Y de la mar las trompetas,
»Chirimías, pitos, flautas,
»En voz formada le dicen:
»General, embarca, embarca.»
— No tan aprisa, enemigos;
Dejadme gozar la palma,
Que mis deseos encumbra
Y mis razones ensalza;
Y porque á la cumbre suba,
Tan sólo mi Zaida falta,
Que quieras tú dar la mano
A quien das mano y palabra.
— Conténtate por agora,
Dice la bella sultana,
Que el tiempo lo cura todo,
Y como venga no tarda. —
De alegre y contento el moro,
Mudo con los ojos habla,
Y pártese porque es fuerza;
Y el cuerpo parte sin alma:
«Y de la mar las trompetas,
»Chirimías, pitos, flautas,
»Añafiles, sacabuches.
»Le hacen la seña y salva.»

EL ALBANES.

1.^o

Criábase el Albanes
En las córtes de Amurates,
No como prenda cautiva
En rehenes de su padre,
Sino como se criara
El mejor de los sultanes;
Del Gran Señor regalado,
Querido de los bajás,
Gran capitán en la guerra,
Gran cortesano en las paces,
De los soldados escudo,
Y espejo entre los galanes.
Recien venido era entónces
De vencer, y de ganalle
Al de Hungría dos banderas,
Y al Sofi cuatro estandartes.
; Mas qué aprovecha domar
Invencibles capitanes,
Ni contraponer el pecho
A mil peligros mortales,
Si un niño ciego le vence,
No más armado que en carnes,
Y en el corazon le deja
Dos harpones penetrantes;
Dos penetrantes harpones,
Que son los ojos suaves
De las dos más bellas turcas
Que tiene todo el Levanté?
Bien conoció su valor
Amor, que para enlazalle,

Un lazo vió que era poco,
Y quiso con dos prendalle.

2.º

Tuvieron Marte y Amor
Un día grandes combates,
En unas reales fiestas
En las cortes de Amurates.
Juntas, pues, muchas naciones
De moros, turcos y alarbes,
Entre todos se señala
El Albanes muy pujante,
Que ha llevado de las justas,
A pesar de los bajaes,
El lauro de la victoria;
Pero quiso Amor premiarle
Con el favor que Arselinda
Desde un corredor le hace;
Turca ilustre de valor,
Descendiente de sultanes,
La cual le envia un recado
Al palenque con dos pajes.
El Albanes le reciba
Con apacible semblante,
Y ya cuando de la plaza
Mandó el Sultan que le saquen,
Y que resnenen las trompas,
Los pifanos y atabales,
Quiso fortuna envidiosa,
Para más entronizarse,
Que se quejase al Sultan
Un baja valiente y grave,
Diciendo : — Mire tu Alteza

Cómo el honor se reparte,
Que se hace agravio á muchos
Que más que el Albanes valen. —
Dijo el Sultan : — Pues quereis
Parte de su honor quitarle,
Al que matáre un leon
El premio pretendo dalle. —
El Bajá salió primero,
Y el leon al Bajá sale
Tan furioso, que le hizo
De un encuentro muchas partes.
El Albanes valeroso,
Desnudo su cuerpo, sale,
Poniendo su mente en Dios,
Con un baston recio y grande.
El leon arremetió,
Y una amorosa voz sale
De Arselina, que decia :
— ¡ Santo Alá ! querais librarle. —
Tuvo gran cuenta el guerrero,
Y para mejor matarle,
Metió en la boca al leon
El baston, y presto ase
De un corto y fino puñal,
Con que dos heridas hace
Al leon en las entrañas,
Por do vida y sangre salen.

3.º

Regocijada y contenta
Está la hermosa Arselinda,
Turca de mucho valor,
Y del Gran Sultan sobrina.

Procedióle este contento
Del gran placer y alegría
Que le causó la victoria
De su Albanes aquel día.
Consigo hace la dama
Una amorosa porfia :
Ella á sí propia pregunta,
Y ella á sí se respondia :
— Dime, Arselinda, que estás
Por un cautivo cautiva :
Quien supiera tus amores,
¿ Qué dirá de tí, Arselinda ? —
Pero pasado este trance,
El que el honor le retira,
Llega el bullicioso amor
Y de nuevo en ella aspira,
Por lo cual la dama dice :
— ¡ Ay, Albanes de mi vida,
El más valiente y galán
Que encierra en sí la Turquía !
¿ Cuán bien andante será
La que en tu favor recibas,
Porque aunque cautivo estás,
Eres señor, y de estima ! —
No quiso más aguardar
A que el amor la persiga,
Y un genizaro llamando,
Al Albanes se lo envia :
Dice en un papel que venga,
A media luna corrida,
A verla por el jardín,
A do aguardando estaria.
El Albanes recibió
El recado, y respondia
Que le agradece el favor,

Y que será obedecida.
Juntos, pues, los dos amantes,
El Albanes le decia :
— ¿ Qué me queréis, mi señora,
Bien del bien del alma mía ?
— No quiero, gallardo amigo,
Que muestres tu valentia
Mañana con los bajáes,
Por mi gusto y tu porfia ;
Sólo pretendo que entiendas
Que soy tu esclava y cautiva
Para cuanto me mandares,
Sin reservar alma y vida. —
El Albanes le responde :
— Escuchad, bella Arselinda,
Y notad que soy de Albania,
Y vos criada en Turquía ;
Y que nací y soy cristiano,
Y por mí fe perderia
Mil mundos si los tuviere ;
Y otros tantos, Arselinda,
Perdiera por vuestro gusto,
Sin punto de cobardía,
Ni anteponer el afrenta
Que de mí el Sultan reciba. —
Con esto se despidió,
Dejando sola á Arselinda,
La cual, triste y lamentando
De su fortuna, decia :
— Puse mi contento
En parte cautiva,
Y dejéme viva
Para más tormento.
Vencíme de amor
Por un Albanes,

Que aunque esclavo es,
Es Marte en valor :
Sube su loor
Al quinto elemento,
Y dejome viva
Para más tormento.
No le ablandaron
Mis tiernas razones,
Ni las ocasiones
Que la demostraron.
Cuando agua hallaron
Mis ojos sin cuento ;
Pues siendo cautiva,
Me dejó á mi viva
Para más tormento.
De mi liviandad
Yo tengo la culpa,
Pues que no hay disculpa
A tal libertad :
Mis ojos, llorad,
Dejad el contento,
Porque me dió vida
Para más tormento.
Es más insufrible
Dejar de quererlo,
Pues aborrecerlo
Seráme imposible,
Y dolor terrible
El que por él siento,
Pues me dejó viva
Para más tormento.

4.º

— Detente, buen mensajero,
Que Dios de peligros guarde,
Si acaso eres Albanes
Como lo muestra tu traje,
Y dime de aquel tu dueño
Que perdido en Roncesvalles,
Los moros de Zaragoza
Presentaron á Amurates.
¿ En qué entretiene los dias
De la mañana á la tarde,
Aunque todo sea noche
Para quien vive en la cárcel ?
¿ Qué damas entran á verle,
Que ganando en visitarle
Obras de misericordia,
De injusticia me las hacen ?
Y dime si está muy triste ;
Que no es posible que baste
Su valor y su paciencia
Para destierro tan grande.
Y si es verdad, como dicen,
Que libertad quieren darle
Para que vuelva otra vez
A cautivar libertades.
Que despues que aquí se trata
Su libertad y rescate,
Dos mil Albas han salido
Y nunca la suya sale.
No sé qué tiene de bueno,
Que en toda Alemania y Flándes
No hay mujer que no le adore

Ni hombre que no le alabe,
Siendo su sangre tan buena
Que nadie iguala á su sangre,
Vale más el por sí solo
Que por su nobleza vale.
Yo soy á quien no conoce,
Y quien sólo con miralle
Matar los toros un día,
No hay gusto que no me mate,
Y con saber que saliendo
Ha de acabar de matarme,
Ruego á Dios que presto sea,
Aunque él me remedie tarde. —
— Ese cautivo, madama,
Que fué de los doce Pares
(Le responde el mensajero),
Cerca está de rescatare.
Bravas galas se preparan
De vestidos y plumajes
Para de España salir,
Y entrar en Francia galanes;
Mas no espero, mi señora,
Que vuestro remedio trate,
Que aunque libre traiga el cuerpo,
Tiene el alma en otra parte.
Muchos tiempos há que adora
A la hermosa Bradamante,
Tan justamente perdido,
Que gloria llama á sus males. —
La francesa, que esto oyó,
Sin que más razon aguarde,
Cerró la ventana y fué
Rompiendo á voces los aires.

ZELIZARDO.

Por ponerse su albornoz
Ordenó un juego de cañas
Zelizardo, un Bencerraje
El más galán de Granada.
Comenzóse á murmurar
Que se le envió su dama,
Y en pago de aquel favor,
Aquella fiesta ordenaba.
Era el albornoz azul,
Con oro y plata escarchada;
Que en ser azul albornoz,
Su nombre y color declara.
Sembradas de trecho en trecho
Lleva unas flechas doradas,
Y en cada flecha esta letra:
« Ninguna defensa basta. »
Para ponérsele, el moro
Hizo una marlota blanca,
Que como piensa morir,
Previénese de mortaja.
En ella puso esta letra:
« Conmigo traigo la causa »
« Por que entienda todo el mundo »
« Por quién vivo y quién me mata. »
Una pluma sola verde
En el bonete llevaba,
Por mostrar que de su vida
Tiene muy poca esperanza;
Que mirando el albornoz,
Como las flechas llevaba,
Mira la letra que dice:

« Ninguna defensa basta. »
Alegrias á su muerte
Hace el moro, porque halla
Descanso en morir de amores,
Que es quien riñe tantas almas :
Y así porque todos sepan
Que él muere y vive su dama,
Una candela encendida
Hizo pintar en la adarga,
Y en un tostado alazan
Entró á pasear la plaza,
Hasta que se hizo hora
De entrar al juego de cañas.

FIN DEL ROMANERO MORISCO.

ÍNDICE.

	Págs.
Celin de Escariche.	5
Amores de Boabdil y Vindaraja.	13
Saler Zegri.	17
Adulce.	19
El alcaide de Molina.	28
Celindos.	35
Celalba.	43
Zulema.	45
Cegri.	55
Arlaja.	62
Aliatar y el maestro de Calatrava.	64
Muley.	80
Almoralife.	84
Jarife.	91
Ísaro.	112
Mohacen.	117
Maniloro.	120
Azarque el de Ocaña.	126
Albenzaide.	150
Sarracino y Galiana.	153
Zaida la de Toledo.	158
Brabonel, de Zarragoza.	164
Homar lusitano.	175
Mostafá.	178
El albanes.	181
Zelizardo.	189

FIN DEL ÍNDICE.

« Ninguna defensa basta. »
Alegrias á su muerte
Hace el moro, porque halla
Descanso en morir de amores,
Que es quien riñe tantas almas :
Y así porque todos sepan
Que él muere y vive su dama,
Una candela encendida
Hizo pintar en la adarga,
Y en un tostado alazan
Entró á pasear la plaza,
Hasta que se hizo hora
De entrar al juego de cañas.

FIN DEL ROMANERO MORISCO.

ÍNDICE.

	Págs.
Celin de Escariche.	5
Amores de Boabdil y Vindaraja.	13
Saler Zegri.	17
Adulce.	19
El alcaide de Molina.	28
Celindos.	35
Celalba.	43
Zulema.	45
Cegri.	55
Arlaja.	62
Aliatar y el maestro de Calatrava.	64
Muley.	80
Almoralife.	84
Jarife.	91
Ísaro.	112
Mohacen.	117
Maniloro.	120
Azarque el de Ocaña.	126
Albenzaide.	150
Sarracino y Galiana.	153
Zaida la de Toledo.	158
Brabonel, de Zarragoza.	164
Homar lusitano.	175
Mostafá.	178
El albanes.	181
Zelizardo.	189

FIN DEL ÍNDICE.

